

el almacén de las | elia
palabras terribles | barceló



Lectulandia

Talia llora en el parque porque ha gritado a su madre que no la quiere y que es mejor que se vaya. Un anciano le sugiere que vaya al almacén de las palabras terribles, donde quizá encuentre una solución. Allí conoce a Pablo, un chico que se ha peleado con su mejor amigo y también busca un remedio. Unos guías les irán enseñando que las palabras pueden utilizarse como una flor o como un cuchillo. Mientras, la familia de Talia se entera de que ha sufrido un accidente en un tranvía y se encuentra en coma, al igual que otro chico. Al final, Talia cree haber aprendido y reflexionado lo suficiente como para volver con su familia. Pablo lo hará algo después. Ahora se siente capaz de explicarle a su madre lo que sentía. Todos intentan hablar de lo que les sucede y tratan de resolver sus problemas.

Lectulandia

Elia Barceló Esteve

El almacén de las palabras terribles

ePub r1.0

SoporAeternus 05.10.15

Título original: *El almacén de las palabras terribles*

Elia Barceló Esteve, 2007

Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I

Aquí: Uno

A las doce y media de la mañana de un día de mayo particularmente hermoso, el parque estaba radiante. Las copas de los árboles más altos se balanceaban movidas por la brisa cálida, las flores de los castaños, rosas o blancas, ponían notas de color entre las frondas y los macizos de flores brillaban como joyas, pero Talia, sentada en su banco favorito enfrente del estanque de los patos, a la sombra de un inmenso sauce llorón, ni siquiera se daba cuenta de toda la belleza que se extendía a su alrededor. Las lágrimas le impedían ver con claridad la punta de los zapatos que ya llevaba un buen rato mirándose. Cuando levantaba la vista para perderla en la superficie del estanque, donde los nenúfares empezaban a florecer, lo único que veía era un borrón verdoso salpicado de reflejos de sol; así que volvía a mirarse los zapatos mientras trataba de quedarse quieta abrazándose a sí misma, conteniendo los sollozos que se le salían de la garganta.

Nunca había estado tan triste en sus doce años de vida recién cumplidos. Nunca había sentido esa angustia, esa impotencia, esa necesidad de cambiar su mundo, de que todo lo que estaba pasando a su alrededor desapareciera para volver a ser como había sido antes, cuando eran felices, cuando sus padres no se peleaban y se insultaban todos los días como ahora; que todo volviera a ser como cuando su madre aún estaba en casa para recibirla con un beso al volver del colegio.

Ahora ya no tenía sentido volver a casa. Su padre estaba en el trabajo, su hermano se había ido a casa de su amigo Pedro y su madre ya no estaba. Ya no volvería a estar nunca. Por su culpa. Por lo que ella le había dicho la noche pasada.

Sintió que no iba a poder controlarse más y se mordió las mejillas por dentro de la boca para no ponerse a aullar allí mismo, en medio del parque.

—¿No deberías estar en el colegio? —preguntó una voz profunda a su lado.

Talia se volvió, sorprendida, entre lágrimas cayéndole como grandes gotas de lluvia desde la barbilla a la pechera de su camiseta azul. No lo había oído llegar. Negó con la cabeza porque se sentía incapaz de hablar todavía. Era como si una fuerte mano le apretara la garganta.

El que había preguntado era un viejo que se parecía un poco a la foto del abuelo que tenían en la sala de estar: grande, con pelo blanco y muy fino, como de bebé, y ojos castaños hundidos entre las arrugas. Tragó saliva varias veces hasta que pudo contestar:

Mi madre no quiere hablar conmigo. No quiere verme nunca más. Ayer se fue de casa y dijo que no quería verme nunca más.

Esta vez el ataque de llanto duró mucho tiempo. El hombre le tendió un pañuelo muy planchado que olía a colonia y esperó tranquilamente a que se le pasara.

—¿Por qué? —preguntó cuando la vio más tranquila—. Cuéntamelo, anda. A veces hablar ayuda, ¿sabes?

Ella se volvió de nuevo hacia el viejo, casi furiosa:

—¡No ayuda! ¡Hablar no ayuda nada! ¡Mis padres llevan hablando desde la Navidad y lo único que hacen es gritarse y decirse cosas horribles! ¡Todos decimos cosas horribles!

—¿Tú también?

Talia volvió a llorar desesperadamente, como si las lágrimas no se le fueran a acabar nunca.

—Ayer —dijo por fin en voz muy baja, tan baja que el hombre tuvo que acercarse un poco para poderla oír—, ayer tuvieron una pelea espantosa delante de nosotros, mi madre dijo otra vez que se iba de casa, lleva desde Semana Santa diciendo que se va, que está harta de todo, que no aguanta más; y yo no puedo dormir, cada vez que me voy a la cama pienso que cuando me despierte se habrá ido y solo podré verla en las vacaciones porque mi padre dice que si se va, nos perderá a todos, que el juez le dará la razón a él...

—¿Y ayer? —la animó el viejo a que siguiera contando.

—Ayer, cuando dijo otra vez que se iba, yo le grité. Le dije que no la quería, que prefería que se fuera de una vez y nos dejara en paz, que no volviera. Y ahora se ha ido para siempre. Por mi culpa.

Se echó a llorar de nuevo y ocultó la cara en el pañuelo, que se había puesto húmedo y frío.

—A veces las palabras que se dicen con furia hacen mucho daño —dijo el hombre dulcemente.

—Ella también me había hecho mucho daño. Días y días diciendo que no puede más, que está harta, que se quiere ir. Yo tampoco aguantaba más.

—Y por eso le dijiste que no la querías.

—Sí.

—Pero la quieres.

—Sí —dijo en un hilo de voz—. Más que a nadie en el mundo.

Hubo un silencio. El hombre sacó dos caramelos del bolsillo y le tendió uno:

—Son buenos para la garganta.

Talia negó con la cabeza. El hombre se metió uno en la boca y guardó el papel en el bolsillo.

—Te han dicho que no aceptes dulces de desconocidos. Es natural. Bueno, Talia, ¿qué quieres hacer?

—¿Qué puedo hacer? —preguntó, mirándolo con desesperación.

Pero antes de que el hombre pudiera contestar, se puso de pie, alarmada.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Porque lo llevas escrito en la mochila. Siéntate, anda. A ver, ¿qué puedes hacer? ¿Qué se puede hacer con las palabras terribles que han sido pronunciadas y escuchadas? —No parecía que se lo preguntara a ella; más bien era como si se lo preguntara a sí mismo—. Las palabras no se pueden recoger como una moneda que has tirado al suelo.

—Ya lo sé.

—No se puede hacer una herida y, al ver la sangre, volverla a cerrar con solo desearlo. No se puede no haber dicho lo que has dicho.

—¿Entonces?

De algún modo que a ella misma se le antojaba estúpido, había empezado a creer que aquel hombre que se parecía al abuelo que no había llegado a conocer tuviera una solución a su problema.

Hubo otro largo silencio, luego el hombre la miró a los ojos, directamente, como hacen los gatos, sin pestañear.

—Hay un lugar.

—¿Qué lugar?

—Un lugar oculto. En esta misma ciudad. Pero tienes que ir sola y no es fácil. Ni siquiera es seguro que sirva de algo.

—Quiero ir —dijo Talia—. Si puede servir de algo, quiero ir.

—A la puerta del parque, allí —señaló la salida más cercana—, para un tranvía, el 1. Es el que hace la circunvalación de la ciudad. Tienes que bajar en la última parada, antes de que siga dando la vuelta y acabe por regresar aquí. Es una zona industrial, muy fea, llena de fábricas y almacenes abandonados; seguramente no has estado nunca por allí. Cuando bajes, verás un edificio viejo, ruinoso, pintado de gris, al fondo de la calle. Es ahí.

—¿Qué hay ahí?

—Yo lo llamo el almacén de las palabras terribles, pero no tiene nombre.

—¿Estará abierto?

—Siempre está abierto.

—¿Usted ha estado allí?

—Sí. Una vez. Hace mucho tiempo.

—¿Me ayudarán allí?

—Lo intentarán. Estoy seguro.

El hombre miró su reloj y, antes de que Talia pudiera preguntarle más, dijo:

—Si vas a ir, tienes que darte prisa. Pasa dentro de tres minutos. ¡Buena suerte, Talia!

Agarró la cartera y echó a correr hacia la parada por miedo a perder el tranvía. Ya casi en la puerta del parque se dio cuenta de que no le había dado las gracias, se volvió hacia el banco y gritó:

—¡Muchas gracias, señor!

Pero el hombre ya no estaba.

Aquí: Dos

—¡Hola, Pedro! Soy yo, Miguel, el padre de Diego. ¿Me pasas a mi hijo?

Pedro miró a Diego que, tumbado en el sofá, le hacía señas de que no quería hablar con nadie; tapó el auricular y le dijo en voz baja pero muy clara:

—Es tu padre.

Diego se levantó sin ganas del sofá y agarró el teléfono casi como si le diera asco:

—Dime.

—¿No has ido a clase?

—No estaba de humor. ¿Qué pasa?

—No hago más que llamar a casa y no atiende nadie. Talia debería haber vuelto ya del colegio. ¿No sabes tú dónde puede estar?

—Ni idea.

—¿No tienes nada más que decir?

—¿Qué quieres que diga? Supongo que le pasará como a mí, que se le cae la casa encima y se habrá ido a casa de Pepa o de Juanma.

—Pero ¿te ha dicho que se iba a ir?

—¡Papá! No me ha dicho nada; esta mañana estaba como zombi. Nos hemos visto un momento en la cocina antes de salir corriendo. Ella sabe que estoy en casa de Pedro; seguro luego viene —dudó un momento antes de decir lo siguiente—. Si le hubieran comprado el celular que pidió por Navidad, ahora podrías llamarla.

—¡Diego! —la voz de su padre empezaba a sonar peligrosamente irritada—. No te consiento...

—Bueno, bueno. Si viene, te llamo al Banco.

Hubo una pausa. Diego podía oír la respiración de su padre al otro lado de la línea, como si estuviera tratando de calmarse para que sus compañeros no lo oyeran gritando a alguien por teléfono. Dejó pasar aún unos momentos y preguntó bajando la voz:

—¿Se sabe algo de mamá?

Miguel contestó después de unos segundos:

—Dijo que llamaría esta noche. Cuando se hubiera instalado. No me preguntes dónde, porque yo tampoco lo sé.

Ahora era Diego el que respiraba sin saber qué más decir.

—Hijo, tienes casi veinte años, contigo ya se puede hablar claro. Hay veces que no se puede hacer nada, las cosas se acaban y se acaban, ¿comprendes? Hay que aceptarlo.

—Sí —dijo Diego por decir algo, al darse cuenta de que su padre no pensaba seguir hablando. Pedro lo miraba desde la ventana, sin saber qué hacer. Diego era su mejor amigo y le habría gustado ayudarlo, pero no se le ocurría cómo. Le hizo un gesto de dormir, con las dos manos juntas apoyadas en la oreja—. Pedro dice que puedo quedarme aquí a pasar la noche, papá.

—Así nos quedamos solos tu hermana y yo, y tú te lavas las manos, ¿no? Yo esta noche tengo una cena.

—¿Otra? —se le escapó sin poder controlarlo.

—¿Tú te crees que el dinero que gastas entra volando por la ventana? —otra vez la furia, que le llegaba a través de la línea como un viento caliente—. Yo trabajo. Tengo compromisos, obligaciones...

—Bueno —cortó Diego—. Nos pasamos Pedro y yo a eso de las ocho y luego, a lo mejor, cuando tú vuelvas, me vengo otra vez con él.

—A las siete y media.

Se le pasó por la cabeza decirle que no, que a las ocho, pero sabía que su padre necesitaba, ahora más que nunca, tener la sensación de que aún era él quien tomaba las decisiones.

—Okey.

Se volvió hacia Pedro que, aún en la ventana, no sabía si sonreír o no:

—Esta noche nos toca otra vez hacer de niño. Vámonos a dar una vuelta, anda.

Aquí: Tres

Talia llevaba ya un buen rato en el tranvía que circulaba por barrios cada vez más feos y más pobres, como si no pertenecieran a la misma ciudad en la que ella había vivido siempre. La gente subía, avanzaba cuatro, cinco, seis paradas y volvía a bajarse, pero cada vez subían menos personas y, cuando empezaron a aparecer las fábricas de las que le había hablado el hombre, el tranvía estaba ya casi vacío.

No sabía exactamente qué hacía ella allí, en aquel tranvía que la llevaba a barrios periféricos en los que no había estado jamás, pero el hombre le había dicho que en aquel lugar intentarían ayudarla y, si algo necesitaba en ese momento, era precisamente que alguien la ayudara. No sabía tampoco si, una vez allí, se decidiría a entrar; pero no se perdía nada con llegar hasta el almacén y ver qué aspecto tenía. El hombre le había dicho que era un edificio en ruinas, ¿qué clase de ayuda podía esperar de alguien que trabajara en un edificio en ruinas? Pero, de todas formas, podía intentarlo. Al fin y al cabo iba sola y no tenía que darle explicaciones a nadie si no se decidía a entrar. Por suerte, el hombre ni siquiera había insinuado que quisiera acompañarla. Si le hubiera dicho algo de eso, se habría ido corriendo a casa de Pepa, pero se había limitado a dar la información y dejarla sola. Pero ¿y si tenía algún cómplice que la estuviera esperando en aquel edificio?

Miró nerviosa a su alrededor para ver si alguien la había seguido, pero el tranvía estaba ya casi vacío. Mejor. Se acercaría al lugar, echaría una mirada y decidiría según viera el ambiente. Si su padre le hubiera comprado el celular que había pedido por Navidad y que todas sus amigas tenían, ahora podría llamarlo para que supiera al menos por qué zona de la ciudad tenían que buscarla si pasaba algo. Pero su padre nunca pensaba en ella. No pensaba más que en su trabajo y, últimamente, en las discusiones que consumían la mayor parte de su tiempo.

De repente, el tranvía se detuvo. Habían llegado a la última parada de la línea y, cuando el conductor se bajó a fumar un cigarrillo, solo quedaban ella y un chico de la edad de su hermano.

—¡Cinco minutos! —gritó, cuando los vio bajar, indecisos, mirando a su alrededor; luego, cuando el tranvía que hacía el recorrido contrario paró a su lado, se desentendió de ellos y se puso a hablar con el otro conductor.

Talia miró hacia el fondo de la calle buscando el edificio gris, pero la vista no podía llegar hasta el final porque un camión enorme acababa de descargar algo en una obra cercana causando una gran polvareda.

Se ajustó mejor la mochila sobre los hombros y echó a andar hacia donde debía de estar el almacén. El chico que se había bajado del tranvía a la vez que ella caminaba por la otra vereda, la que quedaba en sombra, pero en la misma dirección. Lo miró de reojo: era alto y rubio, como un jugador de baloncesto, de hombros anchos y paso atlético; pero, aunque con esas piernas tan largas podría haber caminado mucho más rápido que ella, iba casi a su altura, como si no supiera adónde iba o como si tuviera miedo de llegar.

Talia se bajó de la acera al llegar a la obra, rodeó el camión volquete y miró de nuevo hacia el fondo de la calle: un edificio viejo, feo y gris, de ventanas rotas, se alzaba al otro lado de la avenida llena de farolas y solares que se cruzaba con la calle por la que ella caminaba. Ese debía de ser.

Sintió un cosquilleo de miedo, como una fila de hormigas heladas que le pasaran por la espalda. Le habría gustado estar ahora en casa, haciendo los deberes después de comer para no tener que preocuparse de ellos el fin de semana, o estar con su amiga Pepa viendo la tele o incluso en el colegio, hasta en clase de gimnasia, que era la asignatura en la que peor nota sacaba.

No quería estar allí, en aquel barrio desconocido, con el polvo metiéndosele en la nariz y el sudor escurriendo cuello abajo, con aquella sensación de vacío en el estómago que no era hambre, a pesar de que no había tomado nada desde la leche del desayuno; pero no había más remedio. Tenía que intentarlo.

Llegó al cruce de calles, miró a los dos lados con mucha atención y pasó deprisa, atenta a cualquier coche, aunque estuviera aún lejos, pero el silencio era casi total; solo se oía el motor del camión de la obra. No había pájaros porque no había un solo árbol en lo que abarcaba la vista, y las personas que trabajaran por aquella zona debían de estar dentro de las fábricas o haber terminado ya la jornada porque eran

cerca de las tres. El sol se estrellaba contra aquellos edificios cuadrados y feos haciendo brillar los parabrisas de algunos coches estacionados, pero no se veía un alma.

Mirando por encima del hombro, vio al chico del tranvía parado en la otra vereda con la vista clavada en el almacén y pasándose la lengua una y otra vez por encima de los dientes, como si quisiera limpiárselos sin usar cepillo. Se le notaba porque la boca se movía y se estiraba todo el tiempo. Quizá él buscaba el mismo sitio y tenía tanto miedo como ella. Si pudieran entrar juntos...

Volvió la vista al almacén mientras el chico se decidía a cruzar la calle y llegar a su altura. Desde donde estaba ahora podía ver que era un edificio abandonado, rodeado de cristales rotos, trozos de ventanas que alguien había destrozado a pedradas, malas hierbas junto a la entrada creciendo entre los peldaños, la pintura descascarada, la fachada cayéndose a pedazos. No era posible que estuviera abierto como había dicho el hombre y, si lo estaba, eso querría decir que habría borrachos o mendigos viviendo dentro. Era una locura pensar en entrar ahí.

Oyó el crujido de los pasos del chico cuando pasó de la acera a la zona cubierta de vidrios y se volvió hacia él sin saber bien cómo preguntarle. Tenía los ojos claros y una barbita rubia bastante pobre. De lejos estaba mejor.

—¿Tú también...? —empezó ella y no acabó la pregunta porque el chico se puso a mover la cabeza de arriba a abajo diciendo que sí.

—¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Talia—. ¿El señor del parque?

—Una vecina. Una señora mayor que no sale nunca de casa. Ha oído el portazo que ha dado Jaime al marcharse y ha venido a decirme... lo que se puede hacer.

—¿Quién es Jaime?

—Mi mejor amigo. Era mi mejor amigo. Hemos terminado.

—Por algo que tú le has dicho.

—¿Cómo lo sabes? —entrecerró los ojos, como si sospechara de ella por algo.

—Porque yo también he dicho algo terrible.

—¿A una amiga?

El chico sonreía un poco, una sonrisa de esas que ponen los adultos cuando piensan que los problemas de los niños no son importantes comparados con los suyos.

Quizá sin esa sonrisa condescendiente no le habría dicho nada, pero eso la decidió:

—A mi madre. Se ha ido de casa. Por mi culpa.

El chico dejó de sonreír y tragó saliva:

—¿Entramos?

Talia asintió con la cabeza y por un momento estuvo tentada de darle la mano, pero al darse cuenta de que era un desconocido, se paró de golpe con la mano ya tendida. Él interpretó mal el gesto y casi se puso colorado:

—Perdona —le dijo, creyendo que ella había querido presentarse—. Me llamo

Pablo.

—Yo soy Natalia, pero todos me dicen Talia.

Se estrecharon la mano frente al edificio, con los pies crujiendo sobre los vidrios a los que el sol arrancaba destellos de diamante. Se soltaron de nuevo y, muy despacio, fueron acercándose a la entrada hasta que la sombra de la pérgola los cubrió.

Aquí: Cuatro

A las tres y diez, Miguel Castro salió del banco donde trabajaba y caminó un par de manzanas hasta el bar donde solía comer con los colegas de otros bancos cercanos, pero al verlos desde fuera riéndose en la barra de alguno de los chistes picantes de Contreras, decidió irse a otra parte. No tenía ganas de chistes y mucho menos de explicarle la situación a aquellos compañeros que ahora podrían irse tranquilamente a casa haciendo planes para el fin de semana. Para él se habían acabado los fines de semana. Ana se había marchado definitivamente; Diego se iría a casa de Pedro para no tener que aguantar la situación, y él no se veía capaz de hacer algo solo con Talia.

Trataría de hablar con Sara y Javier para que la invitaran el sábado y el domingo. Talia estaría mejor con ellos y con Pepa, y no notaría tanto la ausencia de su madre si pasaba el fin de semana en casa de su amiga. Él no tenía planes, aparte de tratar de averiguar adónde se había ido Ana y quizá llamarla y ver de hablar otra vez, con calma, sin los niños delante.

Llevaban más de veinte años juntos; no podía ser que ahora, después de media vida y de todo lo que se habían querido, se hubiera terminado de verdad.

Él le había dicho a Diego unas horas atrás que había que aceptar que las cosas se acababan y, sin embargo, él mismo no estaba aún dispuesto a aceptarlo. El problema era que se habían dicho demasiadas cosas desagradables, que se habían hecho demasiado daño el uno al otro y, cada vez que se miraban, aparecían todas esas palabras entre ellos, todas esas palabras que no podían olvidar, y el amor y las buenas intenciones se esfumaban como si nunca hubieran existido.

Entró en una cafetería, pidió un bocadillo de tortilla y una caña y, mientras se lo servían, volvió a marcar el número de casa. Nada. Talia no estaba. Y en casa de Pepa tampoco sabían nada, ni en la de Juanma, ni en las de los otros compañeros de colegio a los que había llamado desde las doce y media.

Hasta las dos, no se había preocupado mucho; había tenido demasiado trabajo y

había ido haciendo llamadas cortas cuando tenía un par de minutos libres, pero ahora estaba empezando a sentir una angustia inconcreta que lo enfurecía. ¡Como si no tuviera suficientes problemas para tener que aguantar también los caprichos de niña mimada de Talia! Seguramente se estaba escondiendo a propósito, para que se preocupara y se sintiera culpable. Seguro sí estaba en casa de Pepa, pero escondida en algún sitio, sin que Sara supiera que habían vuelto del colegio juntas. Y ni siquiera podía llamar a su mujer y compartir con ella su preocupación, porque no tenía ni idea de adónde se había ido.

Le dio un furioso mordisco al bocadillo, pensando que si quería ponerse la camisa blanca para la cena, tenía que llegar a casa con bastante tiempo por si no estaba planchada, ya que últimamente, desde que las peleas eran diarias, Ana ya no se ocupaba de esas cosas, igual que él había dejado de ocuparse de llevar al garaje el coche de Ana. ¿No quería ser independiente? Pues que se organizara, como hacía él.

¿Dónde se habría metido esa maldita niña, si en el colegio no estaba y en casa de sus amigos tampoco? Marcó el número de Pedro, pero solo consiguió dejar un mensaje en el contestador diciendo que Talia no había aparecido aún. Luego se acabó el bocadillo, se bebió el último trago de cerveza y decidió acercarse al Continental a tomarse el café leyendo el periódico. No tenía ganas de meterse en casa ahora, de encontrarse con el piso vacío, las cosas tiradas, el armario con las perchas sobrantes —montones de perchas vacías donde había estado colgada la ropa de Ana—, la heladera sin fruta y sin verdura fresca, la tele apagada. No quería volver y tener que empezar a aceptar que Ana los había abandonado. Con llegar a casa sobre las seis era suficiente para cualquier cosa.

CAPÍTULO II

Allí: Uno

El interior del almacén era como la fachada —ruinoso, sucio, triste— pero mucho más oscuro; tanto que, al entrar desde la luz del sol, les pareció de momento que habían penetrado en una caverna, pero al cabo de unos instantes se dieron cuenta de que era solo una pequeña entrada que debió de haber estado pensada en otro tiempo para que una recepcionista les preguntara qué deseaban.

El silencio era total. Dentro, al otro lado de la pared, no se oían voces de mendigos borrachos, ni siquiera aleteo de pájaros que se hubieran refugiado en la ruina. Eso, al menos, era tranquilizador.

Cuando se acostumbraron a la oscuridad, vieron brillar la luz que se colaba por todas las rendijas de los tabiques carcomidos y enseguida encontraron la puerta que daba a la nave, una puerta que aún conservaba el picaporte y que cedió suavemente en cuanto la empujaron.

Delante de ellos la oscuridad era absoluta. La luz que habían visto brillar a través de las rendijas había desaparecido. Se volvieron el uno al otro, pero no podían verse, de modo que tendieron las manos hasta encontrarse y permanecieron agarrados sin saber qué hacer. Igual podían estar en el umbral de una cueva que los llevaría cada vez más abajo hasta las profundidades de la tierra, que en lo más alto de una montaña frente a la oscuridad del espacio. El aire era seco y no olía a nada —ni a polvo viejo, ni a podredumbre, ni a suciedad, como habían supuesto—; no hacía ni frío ni calor. Lo único que percibían era el temblor de la mano sudada del otro y el sonido de su respiración, cada vez más rápida.

—¡Vámonos de aquí! —susurró Pablo.

—Espera —contestó Talia, también en un murmullo.

Unas lucecitas apenas visibles habían empezado a encenderse frente a ellos, a sus pies. Eran diminutas y brillaban suavemente con un color azul-violeta, como el de las luces que se ven a veces en los aeropuertos por la noche. Estaban dispuestas en dos líneas paralelas que marcaban una especie de camino negro en el centro de la oscuridad. No se veía el final.

—¡Vamos! —urgió Talia—. Antes de que se apaguen.

—Yo no voy. No estoy tan loco.

—Eres un gallina. ¿No quieres hacer algo para que vuelva tu amigo?

—Amigos hay muchos —contestó Pablo de mala gana.

—Madres, no.

Talia se soltó del chico y dio un paso adelante. Las luces aumentaron de intensidad, de manera que ahora podía verse las manos a la altura del pecho. Dio otro paso y, sin volverse, preguntó:

—¿Vienes?

—Espérame —contestó Pablo, que acababa de decidir que le daba más miedo quedarse solo allí en la oscuridad, que acompañar a Talia a lo desconocido.

Juntos de nuevo, siguieron avanzando por el camino que marcaban las luces y que parecía no tener fin. Sus pasos no sonaban en el perfecto silencio, como si sus zapatillas de deporte se posaran sobre un corredor alfombrado de terciopelo negro.

—No hay nada detrás de nosotros —susurró Pablo con voz temblorosa—. Se han apagado las luces que quedan detrás, como si no hubiera nada.

—No mires hacia atrás —dijo Talia firmemente.

—¿Y cómo vamos a salir?

Talia no contestó. Acababa de ver que las luces que los guiaban se estaban acabando para dar paso a una especie de barra luminosa del mismo color que cruzaba su camino transversalmente. En cuanto llegaron a la barra y Talia, adelantando el pie, la pisó, apareció un círculo de luz azul frente a ellos, como si se hubiera encendido un reflector de teatro en el techo.

—¿Y ahora? —preguntó Pablo.

Talia señaló la luz con el dedo y avanzaron hasta colocarse debajo del foco invisible. Entonces sintieron una vibración muy ligera, como si algo se estuviera poniendo en marcha a su alrededor, y de pronto un tirón en el estómago como cuando se sube o se baja muy rápido en un ascensor o en una montaña rusa, pero un tirón suave y extraño, que no les daba ninguna pista sobre la dirección del movimiento. Al cabo de unos segundos, cesó la vibración y volvió el silencio. A su alrededor, la negrura seguía siendo impenetrable, como si se hubieran vuelto ciegos.

—Han venido a buscar —se oyó una voz a sus espaldas.

Ambos se giraron, asustados, buscando la fuente del sonido.

Una luz perlada con forma de lágrima gigante, tan grande como Pablo, se acercaba a ellos aliviando la oscuridad. Poco a poco, dentro de la luz, fueron distinguiendo los contornos de un ser humano hasta que se detuvo a unos metros de ellos y, de pronto, el foco azul que los había iluminado hasta ese momento se apagó.

—¿Qué buscan aquí? —La voz era agradable, pero neutra; no se podía decir si era femenina o masculina, como tampoco se distinguía por sus rasgos si la persona que les hablaba era hombre o mujer—. Hablen sin temor.

Talia quería explicar lo que buscaba, pero no sabía cómo decirlo, así que esperó unos instantes a que hablara Pablo. Como no se decidía, acabó por darle un ligero empujón, mientras trataba de animarlo con los ojos.

—Buscamos... —empezó el muchacho, sintiéndose totalmente estúpido al decirlo —, palabras.

—Nuestras palabras —corrigió Talia—. Palabras terribles.

—Si han sido pronunciadas, están aquí. Aquí las conservamos. Sígannos.

Talia y Pablo vieron, con asombro, que la luz que envolvía a su interlocutor aumentaba de intensidad y se desdoblaba hasta que eran dos las personas que estaban frente a ellos.

—¿Quiénes son? —preguntó Pablo, totalmente perplejo.

—¿Son ángeles? —balbució Talia.

—Nosotros somos —dijo una voz doble.

De improviso las caras y los cuerpos que estaban viendo de frente, aunque difuminados por la niebla de luz, se disolvieron para dar paso a las espaldas de aquellos seres que ya se alejaban en direcciones distintas.

—¿No podemos estar juntos? —preguntó Talia, en respuesta a una angustiada mirada de Pablo.

—No es posible —contestaron las dos voces.

Se miraron por última vez y, cada uno siguiendo su luz, se separaron y se internaron en las tinieblas.

Aquí: Cinco

Apenas llegado al descanso de su casa, cuando aún estaba buscando las llaves, empezó a sonar el teléfono. Tuvo que tirar el maletín al suelo para tener las manos libres, abrir las dos cerraduras y salir galopando por el pasillo para atenderlo antes de que dejara de sonar. Podía ser Ana. Podía ser Talia. Era fundamental que llegara a tiempo.

Se golpeó el tobillo contra la pata curvada de la consola que tanto le gustaba a Ana y tuvo que reprimir una palabrota al descolgar.

—Diga.

—¿Hablo con la casa de Natalia Castro Díaz?

Era una voz femenina desconocida que, sin saber por qué, le erizó todo el vello del cuerpo. Supo sin que nadie se lo dijera que algo terrible acababa de sucederle a Talia.

—Soy su padre, Miguel Castro.

—Mire, señor Castro, siento decírselo. Ha habido un accidente.

—¿Un accidente? —preguntó con la boca repentinamente seca—. ¿Dónde?

—Le llamo del Hospital Provincial. Tenemos aquí a su hija Natalia. Sería mejor que viniera cuanto antes.

—¿Qué le ha pasado? ¿Cómo está?

—No sé decirle, señor Castro. Lo único que sé es que ha habido un accidente de tráfico, un tranvía y un camión, al parecer. Han ingresado a mucha gente.

—Pero ¿qué le pasa a Talia?

—No lo sé. Yo solo informo a los familiares. En cuanto venga, podrá hablar con uno de los médicos.

—Gracias. Salgo para allá.

Colgó como en trance, se sentó en la silla de al lado del teléfono y, sin que viniera a cuento, se preguntó por qué había dado las gracias, cómo era posible que cuando le estaban diciendo que su hija estaba en el hospital después de un accidente de tráfico, aún funcionaran todos los resortes de la cortesía social y uno diera las gracias por recibir esa noticia.

Se levantó sobre piernas inseguras y garabateó una nota que dejó sobre la mesa de la cocina:

Talia ha tenido un accidente. Está en el Hospital Provincial. Vengan en cuanto puedan.

Ya en la puerta del piso, se volvió como si alguien lo hubiera llamado, fue a la cocina y añadió:

Los quiero.

Allí: Dos

De pronto la oscuridad se trizó, como si un enorme cristal negro se hubiera hecho añicos frente a ella, y Talia se encontró conteniendo la respiración en medio de un lugar tan inmenso y tan deslumbrantemente iluminado que tuvo que cerrar los ojos, tapárselos con las manos y dejar que su vista se fuera acomodando poco a poco al cambio de luz. Cuando pudo abrirlos de nuevo, vio que ella y su acompañante estaban suspendidos en el aire frente a una especie de sala, tan grande que no podía ver el fin, cuyas paredes estaban revestidas de cristal o de un plástico transparente que brillaba de modo intolerable.

Mirando a derecha e izquierda se dio cuenta de que las paredes no eran placas lisas, sino que parecían estar hechas de fundas de discos compactos, como una colección de discos de todas las obras del mundo, y lo que brillaba así eran los estrechos lomos de las fundas.

Cuando reunió el valor suficiente, miró hacia abajo y se dio cuenta de que la sala seguía hasta donde abarcaba la vista por debajo de sus pies. Estos aparentemente se apoyaban en el vacío, aunque ella sentía algo sólido bajo las plantas. La sala continuaba también hacia arriba, hasta que las paredes parecían encontrarse en la distancia, como las vías del tren.

Volvió a cerrar los ojos, asustada, con la sensación de que si seguía mirando, acabaría mareándose y cayendo al vacío.

—Tengo miedo —susurró.

—¿De un archivo? —preguntó en tono neutro su acompañante.

—De caerme. Aquí no hay suelo.

—Hay suelo donde pones los pies. Eso basta.

Su guía echó a andar delante de ella. En la oscuridad, su figura había sido luminosa; ahora, bajo la luz cegadora de aquella sala, parecía una persona normal — aunque era imposible saber si era hombre o mujer— alta, de cráneo afeitado. Iba vestida con una túnica que le llegaba hasta los pies y era de un color tan similar al de la sala que a veces solo se veía su cabeza y Talia sentía un escalofrío de miedo cuando le parecía que estaba siguiendo a una cabeza flotante.

Al cabo de unos cuantos pasos empezó a sentirse mejor; era verdad que siempre había suelo donde ella ponía el pie, pero era aterrador no verlo. Por eso cerraba los ojos cada vez que tenía que avanzar un paso y solo los abría cuando estaba quieta. Su guía no parecía impaciente y no le metía prisas mientras ella se iba acostumbrando. Después de un rato decidió que la única manera de seguir avanzando sin que el terror la paralizara era no mirarse los pies, hacer como si caminara por un lugar conocido, de suelo liso. El truco funcionó y así pudo dedicarse de nuevo a mirar y a pensar en lo que le estaba sucediendo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Talia por fin, después de darle muchas vueltas a si debía hacerlo o no.

—Palabras. Palabras pronunciadas para dañar. Palabras terribles, coléricas, venenosas... como prefieras llamarlas.

El misterioso acompañante se detuvo en un punto, sacó una de las cajitas — pequeña, transparente, casi como las de los mini discos— y la sostuvo entre los dedos frente a los ojos de Talia. Dentro de la cajita plana se movían perezosamente unos puntos brillantes, como insectos diminutos hechos de piedras preciosas.

—¿Las ves? Ahí están. Vivas. Activas. Despiertas.

—¿Eso son palabras? —preguntó Talia, fascinada por el movimiento y el color—. ¿Tan bonitas?

—Las palabras humanas, aunque imperfectas, son siempre hermosas, Talia.

—Y ¿por qué duelen tanto?

—Por lo que hacen con ellas. Un cuchillo también puede ser hermoso. Depende de ti si lo utilizas para cortar una hogaza de pan o una garganta. En un caso, te ayuda a vivir; en el otro, te mata.

—¿Y están siempre ahí?

—Algunas están siempre. Otras se van desactivando hasta que desaparecen. Mira, estas aún están vivas —pasó la yema de los dedos suavemente por la cajita, casi como hacen los ciegos al leer—. Estas no desaparecerán jamás. No tienen plazo de desactivación.

—No lo entiendo.

—¿Entiendes «fecha de caducidad»?

—¿Como los yogures?

De repente sentía unas ganas tremendas de reírse.

—Algo así. Hay algunas cuyo efecto se acaba, pasado el tiempo. Otras no caducan jamás.

—¿Y las mías? —preguntó ahora, sintiendo de nuevo la presión en la garganta.

—Veremos.

Siguieron caminando durante un tiempo infinito por aquella sala llena de palabras, hermosas y terribles, hasta que Talia sintió que la cabeza le iba a estallar. Se apoyó contra la pared, mareada, apretándose las sienes.

—Me duele mucho —susurró.

Su guía se volvió hacia ella con unos anteojos oscuros en la mano:

—Póntelas. Ayudan. Aunque cambian lo que ves.

Talia se puso los anteojos, que parecían metálicos pero apenas pesaban, y de repente la sala se transformó en una especie de biblioteca antigua bañada en una luz rojizo-dorada, como la del sol cuando está a punto de hacerse de noche. Las resplandecientes cajitas se habían convertido en lomos de libros viejos, con símbolos dorados sobre cubiertas marrón, granate y verde oscuro.

—¿Mejor?

Talia asintió con la cabeza. Ella había estado en bibliotecas como esa. Desde que su madre, dos años atrás, había decidido ponerse de nuevo a hacer la tesis doctoral que había abandonado al nacer Diego, la había llevado a algunas bibliotecas a recoger libros o hacer pedidos. El lugar le resultaba ahora más agradable porque le recordaba a ella, pero a la vez le daba mucha más pena porque también le recordaba las primeras discusiones de sus padres, cuando él había empezado a meterse con su «sabiduría» y la pérdida de tiempo y el «todo para qué».

—Talia. Tus palabras —dijo el guía.

Levantó la vista que, sin darse cuenta, había estado dirigiendo hacia abajo, hacia un suelo de parquet de madera encerado, de color miel. Su guía, otra vez ligeramente luminoso, como si tuviera una bombilla dentro, le estaba tendiendo un librito pequeño del mismo estilo de los de poesía que su madre estudiaba.

Las palabras que antes eran bichitos brillantes y móviles eran ahora extraños símbolos pintados de rojo en una lengua desconocida para ella.

—¿Son de las que caducan? —preguntó en voz baja, con miedo de la respuesta.

—Sí. En cinco años de tu tiempo, tu madre las habrá olvidado o no le causarán dolor al recordarlas.

¡Cinco años! Dentro de cinco años, ella tendría diecisiete. ¿Cómo iba a aguantar cinco años sabiendo que esas palabras estarían siempre entre su madre y ella? Incluso sabiendo que, antes o después, desaparecerían, cinco años eran una eternidad. ¿Se iba a pasar todo ese tiempo sin poder abrazarla o notando que su madre recordaba lo que ella había dicho y trataba de olvidar?

—Es demasiado tiempo. ¿No se puede hacer nada para...?

No sabía cómo decirlo. ¿Las palabras se «mataban», se «borraban», se «desactivaban»?

—¿Quieres conocer el efecto de tus palabras?

La pregunta había sido hecha en el mismo tono neutro que todo lo que había dicho su guía hasta el momento, pero, de algún modo, Talia tuvo la sensación de que era una pregunta importante, de que de su respuesta dependería el resultado final.

—Sí —contestó.

Aquí: Seis

En una sala de espera del Hospital Provincial, Miguel Castro lloraba con la cabeza escondida entre las manos. Aún no había podido ver a Talia, pero las palabras del médico sonaban con toda claridad en su cabeza y, a pesar de que se había esforzado por hacerle comprender que aún era pronto para saber nada concreto, para él habían sonado vagas, huecamente consoladoras, vacías de esperanza:

«La niña está en coma, señor Castro. Ha recibido un fuerte golpe en el cráneo y, aunque por lo demás su estado es estable, no tenemos manera de saber si... —aquí el médico se había corregido a sí mismo con toda rapidez— cuándo despertará. En muchos casos se trata de horas. En otros... en fin, pueden pasar días, incluso semanas. No podemos saberlo. Pero es joven y fuerte. No hay que desesperar.»

Debía de haber sido un accidente terrible por lo que se oía rumorear en los pasillos del hospital; más de quince personas habían resultado heridas y dos, el conductor del tranvía y el del camión, habían muerto instantáneamente. Otras dos estaban en estado de coma: Talia y un muchacho de la edad de su hijo Diego, cuyos padres aún no habían sido localizados.

Una enfermera le puso la mano en el hombro:

—¿Le gustaría un café? —preguntó con una sonrisa.

Tenía una bonita sonrisa, aunque ya no era joven.

—¿Puedo ya ver a Talia?

—Aún no. Ahora ya está limpia y guapa, pero le están haciendo unas pruebas. Ya le avisaré cuando pueda pasar.

—¿Cómo me han localizado?

Lo preguntó por hacer algo, por hablar con alguien simplemente, para no tener que quedarse de nuevo solo en aquella sala de espera.

—La niña llevaba el nombre y la dirección en la cartera. Como era la única niña

en el tranvía, hemos supuesto que la mochila tenía que ser suya.

—¿Qué hacía mi hija en ese tranvía? —se preguntó, más a sí mismo que a la enfermera.

—El accidente ha sido en el cruce de Chile con Perú, en el barrio de El Remedio. A lo mejor había ido a visitar a una amiga. Es un barrio muy familiar.

Estuvo a punto de decirle que su hija iba a uno de los mejores colegios de la ciudad y que no tenía amigas en un sitio como El Remedio, al lado del cinturón de ronda, al límite de donde empezaban las fábricas y las casillas, pero algo lo hizo callarse a tiempo. Él no tenía forma de saber si la enfermera vivía también por allí o tenía familia en ese barrio.

—¿Y el otro chico? ¿El que también está en coma?

La enfermera lanzó una mirada rápida por encima del hombro, como si quisiera asegurarse de que no los escuchaban.

—Parece que está peor que Talia. Y además está solo. No llevaba documentación encima y hasta que no salga su foto esta noche por televisión y mañana en los periódicos no es muy probable que sus padres se enteren —se enderezó y cambió de tono—. ¡Venga! Venga a tomarse un café; le sentará bien mientras espera.

Caminaron juntos por el pasillo verde y blanco hasta el cuarto de las enfermeras, vacío en ese momento.

—Me llamo Tere y estoy de guardia hasta mañana a las seis. Me encargaré de Talia hasta que le den de alta. ¿Toma azúcar?

Miguel negó con la cabeza y, sin siquiera mirar la taza, se quedó quieto, con la vista perdida en el linóleo verde del suelo.

Tere se sentó enfrente de él, le puso la mano en el brazo y, acercándose un poco, le dijo:

—Mire, Miguel, no sé si el médico le habrá dicho algo de esto, pero yo llevo muchos años atendiendo a pacientes en coma y sé que la cosa no es fácil para la familia. Pero también sé que la única forma de ayudarlos es estar aquí, entrar a verlos, tomarles la mano, contarles cosas. Y eso es especialmente difícil porque ellos están ahí como muertos; no reaccionan, no hablan, no mueven los ojos. Uno los mira, así, tan frágiles, tan pálidos, intubados, como estatuas de la persona que fueron, y tiene miedo.

El padre de Talia levantó la vista del suelo para fijarla, ofendido, en los ojos azules de Tere.

—Sí, miedo, Miguel, sé lo que me digo. Uno se asusta al verlos y quiere salir de aquí, salir al exterior, hablar, oír ruidos, ver la tele, tomarse una cerveza, darse cuenta de que uno sigue vivo y olvidar que el otro está ahí y a la vez no está aquí, con nosotros.

—¿Dónde está? —preguntó con la voz quebrada.

Tere suspiró, removió el azúcar en su café y volvió a dejar la taza sobre la mesa, sin beber.

—Nadie lo sabe. Yo creo que una parte de ellos está aquí y nos oye, mientras otra parte hace una especie de viaje, a algún lugar adonde los vivos no podemos llegar, pero si me oyen los médicos, me echan por loca. Yo creo —bajó la voz y dijo articulando claramente, como si el que la escuchaba fuera extranjero y tuviera que asegurarse de que la comprendía—, yo creo que las palabras los traen de vuelta. Lo he visto muchas veces; un hombre joven regresó después de cuatro años. Y su mujer estaba ahí cuando abrió los ojos. Había venido todas las tardes del mundo durante cuatro años, hasta que despertó. ¿Se imagina?

Miguel asintió con la cabeza.

—No la dé nunca por perdida. Si mañana sigue en coma, vuelva pasado, y al otro, y al otro. Hasta que despierte.

Miguel siguió diciendo que sí mecánicamente, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Voy a ver si han terminado. Usted quédese aquí y tómese el café.

Allí: Tres

La sala donde ahora se encontraban era mucho más pequeña que la biblioteca, o al menos lo parecía, aunque no se veía claramente dónde acababan las paredes y empezaba el suelo o el techo. Todo era de un gris oscuro, como algunas salas de museo donde se guarda una obra especialmente antigua y valiosa y, al igual que en un museo, no había muebles.

Talia se quitó los anteojos y todo siguió igual, menos su guía, que volvió a hacerse intensamente luminoso en la penumbra.

—Si quieres conocer el efecto de tus palabras, tienes que pedírmelo, Talia. Debo avisarte de que puede resultarte doloroso.

Ella nunca había sido demasiado valiente en cosas como dejarse poner una inyección o ir a vacunarse de lo que fuera, pero algo le decía que, ya que había llegado hasta allí, tenía que seguir adelante. Le habría gustado que alguien la acompañara, alguien a quien pudiera abrazarse y protestar hasta que la tranquilizaran y la consolaran, como habían hecho siempre sus padres o su hermano. Hasta el gallina de Pablo le habría parecido bien en esos momentos; pero no había nadie a quien poder quejarse, así que inspiró hondo y dijo, tratando de sonar adulta y razonable:

—Quiero conocer el efecto de mis palabras. Por favor —añadió, recordando en el

último segundo las normas de buena educación que le habían enseñado.

—Acomódate.

Talia miró en todas direcciones esperando ver aparecer algún tipo de sillón o sofá donde pudiera instalarse para ver la película que seguramente le iban a presentar. Al fin y al cabo, el lugar donde estaban también se parecía a las salas de los minicines, aunque sin butacas; pero como no pasaba nada, acabó por sentarse en el suelo con las piernas cruzadas y esperar.

Entonces, en el centro de la sala, apareció de repente su cuarto de estar, tan claro y tan real como si realmente lo estuviera viendo desde la puerta del pasillo o desde la ventana, lo que habría sido más raro porque vivían en un tercer piso. Todo estaba como había estado la noche antes: la mesa llena de restos de merienda sin recoger, unas cuantas prendas de ropa en el respaldo de las sillas, sus lápices y papeles tirados en la alfombra enfrente de la tele, una copa con restos de vino en la estantería al lado del sofá, dos yogures vacíos, de los que le gustaban a Diego, en el suelo, junto al sillón.

Se abrió la puerta de la cocina y entró su madre, vestida con la misma ropa que la noche anterior y repitiendo las mismas palabras que ella recordaba:

«¿Sabes qué te digo? Que se acabó, que ya no puedo más y que me voy ahora mismo de esta casa».

Su padre entró también desde la cocina, donde se habían pasado media tarde discutiendo y gritándose.

«Si te vas ahora, no se te ocurra volver. Aquí no haces ninguna falta, tú con tus aires de sabelotodo y tus poemas y tus estupideces. Si el instituto donde trabajas, tus hijos y yo no somos lo bastante buenos, lo mejor es que te vayas y no vuelvas».

Se miraban de frente y parecían dos lobos furiosos enseñando los dientes.

«Eres un ignorante, Miguel. Un miserable empleadillo de banco que se cree con derecho a tiranizar a los demás para sentirse importante. Yo también tengo mi vida, aparte de esta casa».

«Yo nunca he sido lo bastante bueno para ti, ¿verdad? —decía ahora su padre con esa sonrisa odiosa que él sabía poner a veces—. La doctora tiene ambiciones. Ya no tiene bastante con hacer feliz a su familia y dar clases en un instituto. Ahora aspira a más y nosotros estorbamos. Ahora que es amiga de un poeta, esta vida nuestra es demasiado vulgar».

Talia no quería ver más. Sabía que se acercaba el momento en que ella misma entraría en el cuarto y entonces tendría que oír otra vez lo que no había dejado de oír en su interior ni un solo momento. Entonces entró Diego con un libro en la mano y se quedó mirando a sus padres como petrificado.

«Tu madre nos deja», dijo Miguel.

Diego se volvió hacia ella como si quisiera preguntarle sin palabras, como pidiéndole que desmintiera lo que acababa de decir su padre. Estaba palidísimo y, ahora que podía verlo desde fuera, Talia se daba cuenta de que le temblaba todo el

cuerpo.

«Llevo meses tratando de hacer entrar en razón al animal de tu padre y no puedo más, Diego. Necesito un tiempo para recuperarme, para decidir qué es lo mejor».

«Lo mejor es que te vayas de una vez».

Talia se cubrió las orejas con las manos para no oírse. Era su voz la que había sonado. Podía verse temblando de rabia, con dos rosetones rojos sobre las mejillas pálidas, mirando a su madre con expresión de loca.

«Vete y no vuelvas. No te queremos, ¿me oyes? Aquí nadie te quiere. Yo ya no te quiero. No quiero verte nunca más».

Pero no podía acallar las palabras; ni dejar de oírlas, porque ahora ya no las oía como espectadora, desde fuera, sino que podía oírlas y sentir las desde dentro de su madre. Se veía a sí misma desde los ojos de ella. Se veía, pequeña y dura, como una serpiente llena de veneno, diciendo aquellas cosas terribles y sentía lo que había sentido su madre: un dolor como si se quemara por dentro, como si algo la estuviera desgarrando poco a poco. Notaba el deseo de gritar que surgía dentro de su madre, los ojos que se llenaban primero de pinchazos calientes y luego de lágrimas, el estómago que se contraía hasta convertirse en una bola helada que pesaba como el hierro.

Por la mente de su madre pasaban imágenes rapidísimas en las que veía a Talia recién nacida en una cuna con colcha de color de rosa; Talia mamando de su pecho; Talia con colitas, tomada de su mano, yendo a la guardería, manchándole la cara de restos de chupetín pegajoso al darle el beso de despedida; Talia, Diego vestido de futbolista y Miguel en una excursión al campo; Talia con ella en una biblioteca grande y oscura, sonriéndose frente a un libro con mapas antiguos; Talia enfurecida, pálida, cruel, diciéndole que no volviera, que ya no la quería.

Sintió todo el amor de su madre volcándose hacia ella y su imposibilidad de expresarlo; el rechazo de ella frente al primer movimiento de su madre; el dolor de la madre al ver a Talia protegiéndose tras el cuerpo del padre; notó el impulso de salir corriendo de aquel lugar que había sido el centro de su vida y ahora era un campo de batalla donde la torturaban.

Vio también, como en una serie de diapositivas luminosas, la cara de un hombre más joven que su padre, de pelo largo y barba recortada, sonriente, amable. Los vio paseando juntos por el jardín de la biblioteca, sentados en una cafetería, con las cabezas juntas, inclinadas sobre un libro de poesía.

Luego, por los ojos de su madre, vio de nuevo el cuarto de estar, desordenado y sucio, con cosas de toda la familia tiradas por en medio sin que nadie se hubiera molestado en recogerlas; la cara de su padre, con una sonrisa de triunfo porque Talia se había puesto de su lado; las manos de Diego apretando el libro hasta que se le pusieron blancos los nudillos, la vista perdida en la pantalla apagada del televisor; la mirada de odio de Talia.

En ese momento, la imagen se desvaneció como si alguien hubiera apretado un botón y no quedó más que la sala vacía, gris y oscura, como era antes.

—¿Comprendes? —preguntó la voz del guía.

Talia asintió con la cabeza mientras las lágrimas le escurrían por las mejillas.

—Yo no quería decirle eso —se defendió, casi para sí misma.

—Sí querías. Acéptalo.

—¡No! No quería hacerle daño.

—¿No querías?

Talia se encogió de hombros, dispuesta a defenderse.

—Un poco sí. Ella también me había hecho mucho daño. ¡Ella quería irse!
¡Quería dejarnos! —su voz iba subiendo de tono hasta que se encontró casi gritando
—. Pero yo lo que quería era que no se fuera, que se diera cuenta de que la queremos
y la necesitamos, que no nos dejara solos.

—Y lo que dijiste fue lo contrario.

—Sí —dijo Talia, muy bajito.

—Por eso no lo entendió.

—Usé las palabras como un arma, ¿verdad? —preguntó Talia, después de un
largo silencio.

—Aún soy pequeña. Aún no sé hacer las cosas bien.

—Eso es cierto —dijo el guía—; pero no es esa la razón. Usaste las palabras
como un adulto y por eso han sido conservadas aquí.

—¿No se pueden usar de otra manera?

—Sí. Pero tendrías que aprender a traducirlas.

—¿Como aprender otro idioma?

—Algo parecido.

—Enséñame, por favor. Así, cuando vuelva, no tendré que esperar cinco años;
podré decirle lo que de verdad le quería decir.

Hubo una pausa, como si el guía tuviera que tomar una decisión.

—Sígueme, Talia. Primero tenemos que ver si perteneces a la clase de humanos
que pueden aprender.

CAPÍTULO III

Aquí: Siete

Ana Díaz, la madre de Talia, daba vueltas por la sala de estar de su amiga Marga, agarrando y dejando cosas al pasar: un casete, un jarrito, un libro, una pequeña estatua...

—No sé qué hacer, Marga. Son más de las ocho y no me atienden el teléfono en casa. No sé dónde pueden haberse metido.

—Como no me imagino a Miguel en la cocina, se habrán ido a tomar algo a una hamburguesería o algo parecido. Llámalo al celular.

Ana movió la cabeza de derecha a izquierda.

—¿Por qué no?

—Porque se pone muy orgulloso cuando contesta al celular en un lugar público, como si fuera un corredor de bolsa imprescindible o así. Lo deja sonar cuatro o cinco veces para que todo el mundo se entere de que están tratando de localizarlo, contesta en voz alta mirando a todas partes y te trata a patadas. No, gracias. Prefiero esperar hasta las diez o diez y media; así a lo mejor ya se han retirado los críos y puedo hablar con él tranquila.

—¿No quieres hablar con ellos?

Ana volvió a negar con la cabeza:

—Diego se habrá ido a casa de Pedro. Últimamente ni se le veía el pelo; es de los que no aguantan ciertas situaciones. Y Talia...

—¿Qué? Estará fatal, después de un día sin verte.

—No sé. Creo que es mejor que no nos hablemos de momento.

—¿Qué ha pasado, Ana?

—Eres mi mejor amiga, Marga, pero de momento prefiero aclararme yo sola. Ya te contaré.

—¿Nos vamos a cenar a un chino? —propuso Marga, al notar que había algo que preocupaba profundamente a su amiga—. Al fin y al cabo, si ellos están por ahí de juerga, no veo por qué tú y yo no podemos pasar una noche agradable. Total, mañana es sábado.

Ana sonrió:

—¡Bueno! Vámonos. Es el primer viernes desde hace años en que puedo hacer lo que me dé la gana. Y hace siglos que no como en un chino.

Allí: Cuatro

Su guía la dejó sola en una pequeña sala redonda, como una pelota, en la que podía flotar libremente como hacen los astronautas en las naves que orbitan la Tierra. Había una luz suave, rosada, tan relajante que, al poco de encontrarse allí, pensó que se dormiría si no pasaba algo pronto. Estaba tan cansada como si se hubiera pasado el día de excursión en el monte, a pesar de que no había hecho más que hablar con aquella extraña persona y visitar una biblioteca misteriosa. Después de cuatro horas de clase en su colegio, claro; pero de algún modo los recuerdos del colegio le parecían muy lejanos, como si hiciera muchísimo tiempo y hubieran perdido toda su importancia.

Cerró los ojos un instante y, cuando los volvió abrir, Pablo flotaba boca abajo, tenía la cara pegada a la suya y la sacudía por el brazo.

—¡Qué susto me has dado, peque! Creía que estabas muerta.

Talia pestañeó:

—¿Por qué iba a estar muerta? Me había dormido y ahora que estaba punto de empezar a soñar, vas tú y me despiertas.

—Cuéntame lo que te ha pasado a ti.

Era gracioso estar hablando con alguien que flotaba a tu alrededor como una pompa de jabón y estaba unas veces cabeza abajo y otras cabeza arriba, pero no había nada a lo que agarrarse para quedarse quieto, ni la menor posibilidad de sentarse a charlar como personas normales.

—Lo mismo que a ti, me figuro —contestó Talia—. Me han llevado a la... biblioteca o archivo o lo que sea, me han enseñado mis palabras y luego me han traído aquí.

—Pero tus palabras ¿son... recuperables?

Aunque Talia no conocía la palabra que había usado Pablo, supuso que hablaba de la fecha de caducidad.

—Dentro de cinco años ya no harán daño. ¿Y las tuyas?

Pablo se puso serio y se apartó de ella, flotando.

—Las mías son irrecuperables —contestó de espaldas a ella.

—¿Quieres decir que son para siempre?

—Eso he dicho —contestó de mal humor.

—¿Por qué?

Pablo no respondió.

—Te he preguntado por qué —insistió Talia.

El muchacho trató de girar hacia ella, furioso, pero el impulso fue excesivo y acabó dando vueltas como un huevo duro sobre la mesa de la cocina, hasta que Talia lo frenó, agarrándolo de los brazos.

—Porque, al parecer, lo que dije era verdad. Le dije a Jaime que ningún amigo le quita la novia al otro y que, a fin de cuentas, yo solo estaba a gusto con él porque

siempre había creído que él era inferior a mí, ¿me entiendes? Más bajito, más tonto, más feo, más pobre... todo lo que te puedas imaginar.

—¿Eso es verdad?

—Lo de que es más bajito, más feo y demás es la pura verdad; no hay más que verlo.

—¿Y lo de que tú eras amigo suyo por eso?

Pablo volvió a soltarse de Talia.

—Esta maldita habitación no tiene ni puerta siquiera. Si no nos dejan libres, no saldremos nunca de aquí —murmuró con rabia.

—Contéstame. Te he preguntado algo.

—Psé —Pablo se encogió de hombros—. Un poco sí. Al menos al principio.

—¿Son amigos desde hace mucho tiempo?

—Nos conocimos a los diez años en el internado. Mis padres se estaban separando y decidieron mandarme interno para que no los viera discutir todos los días. Jaime estaba allí con una beca. Yo me encontraba solo, perdido, sin amigos, sin saber lo que iba a pasar en mi casa. Jaime echaba mucho de menos a su familia y tampoco conocía a nadie. Primero nos hicimos amigos porque éramos un par de desgraciados, luego cada vez más porque yo lo ayudaba con los deberes y él me defendía de los chicos grandes. Jaime siempre ha sido más decidido que yo y, como era un chico de barrio pobre, sabía muchos trucos de la calle. Cuando acabamos el bachiller y empezamos la carrera, mis padres nos alquilaron un piso para que estuviéramos juntos. Ellos se fían de Jaime más que de mí.

—¿Pero ellos siguieron juntos?

—¡Qué va! En cuanto se libraron de mí, se divorciaron. Ahora mi madre está casada con un argentino que tiene un rancho de vacas y mi padre se ha buscado una chica casi de mi edad. A todos les estorbo.

Talia pensó con un escalofrío si era esa la vida que le esperaba a ella: su hermano Diego yéndose a estudiar a otra ciudad, sus padres separados y vueltos a casar, y ella en algún internado lo más lejos posible.

—Por eso Jaime era como un hermano para mí —continuó Pablo—. Era lo único que tenía. Él se ocupaba de todo: hacía la compra, cocinaba para los dos, ponía el lavarropas.

—¡Qué cara más dura, ¿no?! —exclamó Talia, sin poderse contener.

—Mis padres pagaban el piso y ya le estaban buscando un puesto para cuando acabase la carrera. Lo menos que podía hacer era trabajar un poco para pagar tantos favores, ¿no? Y el muy desgraciado, me viene el otro día y me dice que está saliendo con Yolanda. Así que lo eché. Al fin y al cabo el piso es mío.

—¿Yolanda es tu novia?

Pablo se encogió de hombros, lo que lo mandó de un empujón hacia la pared de la sala-burbuja.

—Habíamos salido una temporada. Pero yo no creo que sea bueno salir con una

sola chica, porque enseguida empiezan a pensar que hay que casarse y todo el rollo.

—Pues entonces es normal que ella saliera también con Jaime. Si tú tienes otras amigas, ¿por qué no puede Yolanda salir con otros chicos?

—Lo que no puede es salir con Jaime.

—¿Por qué no?

—Porque Jaime es mi amigo y además es un desastre de tipo y Yolanda se merece algo mejor. Y porque yo aún no había terminado con ella.

Callaron durante un rato y Talia había empezado a adormecerse de nuevo cuando Pablo preguntó:

—¿Te parece que he hecho mal?

Talia empezó de nuevo a despabilarse.

—¿Al echarlo de casa?

—No, tonta. Al venir aquí.

—Yo creía que habías venido por lo mismo que yo: a arreglar las cosas, a ver si se puede deshacer lo que hemos hecho.

—Eso creía yo al venir, pero empiezo a darme cuenta de que ha sido un error. Las amistades terminan, es lo natural. Hasta los amores de veinte años se acaban, se divorcian las parejas, hay padres que desheredan a sus hijos, hijos que llevan al asilo a los padres y hermanos que no se hablan. Es ley de vida. No se puede hacer nada.

Talia estaba a punto de contestar, pero se quedó callada. Lo que decía Pablo tenía su punto de verdad. Ella sabía que pasaban esas cosas. La diferencia era que a ella no le parecía bien que fuera así, que ella quería hacer algo para cambiarlo.

Esperó aún un tiempo antes de contestar.

—Aquí pueden enseñarnos a hacer algo para mejorar todo eso.

Pablo se echó a reír de improviso.

—Tú aún crees que todo esto es verdad, ¿no? Aún no te has dado cuenta de que estamos soñando.

—Si esto fuera un sueño —dijo Talia, molesta—, tú no estarías aquí. Yo no sueño con gente como tú. Y tú ni siquiera tienes hermanas pequeñas; eres demasiado egoísta para soñar conmigo.

Habrían podido seguir discutiendo sobre el asunto de la realidad de lo que les rodeaba, pero antes de que Pablo pudiera contestar, surgió una especie de velo rosado, como una fina membrana, creando una pared entre ellos. La zona en la que estaba Talia fue perdiendo la forma hasta convertirse en un suelo plano, mientras que la parte de Pablo se fue transformando de nuevo en una especie de bola que lo mantenía encerrado dentro.

Oyó la voz de Pablo, como si gritara desde muy lejos:

—¡No me dejes aquííí!

Pero fue solo un instante. Luego todo volvió a quedar en silencio y una figura luminosa reapareció frente a Talia.

Aquí: Ocho

Viendo que ya habían salido los dos médicos de la habitación de la niña, Tere se asomó a ver cómo estaba y, desde el pasillo, le hizo una seña a Miguel para que se acercara a ver a su hija.

—Pase, pase. Mire qué guapa está.

Miguel se aproximó a la cama con pasos temblorosos, luchando contra el deseo de agarrar a Talia, cargársela al hombro y salir de allí lo más deprisa posible. Desde su nacimiento, era la primera vez que veía a su hija en un hospital.

Tenía razón Tere: estaba muy guapa; pálida y con toda la cabeza vendada, pero limpia y preciosa, como dormida. Le habían puesto un suero gota a gota en el brazo y tenía un tubo de oxígeno en la nariz.

—Su ropa está en esta bolsa —dijo Tere en una voz tan alta que a Miguel le rechinaron los dientes; ella lo notó y sonrió—. No es un funeral, hombre de Dios. Podemos hablar en tono normal. Acérquese, venga.

Miguel se acercó a la cama y rozó con el dorso de la mano la mejilla de Talia.

—¿Sufre? —preguntó.

—No creo. Mire lo tranquila que está. Como si soñara algo bonito.

—¡Talia! —susurró el hombre al oído de su hija—. Soy papá. Has tenido un accidente, pero te pondrás bien, ya verás.

Tere le sonrió desde la puerta:

—Siga así. Agarre una silla y siga hablándole. Yo voy a hacer una ronda; luego vuelvo.

Estuvo a punto de pedirle que se quedara, que no lo dejara solo con Talia, inmóvil y lejana como una estatua de mármol, pero siguió hablándole bajito a su hija, diciéndole que Diego ya habría leído la nota y estaría a punto de llegar, que estaban tratando de localizar a mamá, que todo se arreglaría.

De repente oyó en el pasillo unos sollozos ahogados y el ruido de alguien que vomita en el suelo. Se levantó y salió a ver.

Diego estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, limpiándose la boca con un pañuelo de papel del paquete que Pedro estrujaba en una mano.

—¿Se sabe algo de tu madre? —preguntó antes de cualquier otra cosa.

Pedro y Diego negaron con la cabeza. Pedro contestó:

—Hemos dejado la nota donde estaba para que si vuelve Ana la vea enseguida.

—¿No ha llamado?

—Nosotros no hemos estado en el piso ni cinco minutos. Hemos visto la nota y hemos salido corriendo hacia acá. A lo mejor te llama al celular.

Miguel sacó el celular del bolsillo y se quedó mirándolo como si no lo hubiera visto nunca. Era verdad. Ana podía localizarlo si quería. El problema era que, después de lo de la noche anterior, lo más probable era que no quisiera localizarlo.

—Nos han dicho que van a informar del accidente en las noticias de la tele —

añadió Pedro, en vista de que nadie parecía dispuesto a decir nada—. En cuanto se entere, vendrá.

Diego y su padre se miraron un momento sin hablar; Miguel tendió la mano a su hijo, lo ayudó a levantarse del suelo y lo acompañó hasta una silla de la sala de espera:

—Les voy a contar cómo están las cosas —dijo, mirando a los dos jóvenes.

Allí: Cinco

La figura de luz, que podía ser el mismo guía de antes u otro distinto, se acercó a Talia, le puso la mano cerca de los ojos durante un instante y cuando la retiró, la pelota donde estaba encerrado Pablo había desaparecido y la habitación había vuelto a cambiar. Ahora estaban en un lugar grande y bien iluminado, pero no tan impresionante como la gigantesca biblioteca. La luz era más suave y agradable, olía ligeramente a flores, a rosas tal vez, y lo que al parecer se conservaba allí era una especie de frascos de cristal con cosas que relucían flotando en su interior.

—Quiero mostrarte algo —dijo el guía, sacando uno de los frascos.

—Es muy bonito —dijo Talia, fijando la vista en las motas doradas y plateadas que danzaban en el líquido transparente.

—¿Sabes qué es?

—¿Más palabras? —aventuró Talia.

—Son tus palabras de amor.

Talia se echó a reír de pronto; aquello le había sonado como una película romántica y le daba un poco de vergüenza que aquella persona pensara que ella era tan cursi como para eso.

—Yo nunca he dicho palabras de amor a nadie.

—Claro que sí, muchas veces; a tu madre, por ejemplo.

Ella siguió riéndose, sacudiendo la cabeza negativamente.

—No tienes que decir «te quiero» para decir «te quiero», ¿sabes? Aunque a veces es precisamente eso lo que tienes que decir, en otras ocasiones es lo mismo si dices «me gusta estar contigo» o «gracias» o «eres la mejor del mundo». ¿Recuerdas que puedes usar las palabras como un cuchillo? También las puedes convertir en una flor.

—¿Y aquí se guardan las palabras de amor? —preguntó, impresionada.

—Solo algunas. Las auténticas, las sinceras, las que han sido pronunciadas desde el fondo de tu alma para compartir tu felicidad. Hay humanos que no tienen una sola

palabra guardada aquí, que ni siquiera son capaces de pronunciarlas.

—¿Por qué?

—Porque no saben hacerlo. Nunca han aprendido. Hay otros que ni siquiera son capaces de sentir lo que te lleva a decir esas palabras.

—¿Como Pablo? —aventuró Talia.

—Pablo tuvo miedo de que hubieras muerto y se alegró de encontrarte viva. Eso fue una palabra de amor.

—¿De veras? —Talia estaba francamente asombrada—. Yo creía que era porque tenía miedo de encontrarse aquí solo, sin nadie como él.

—También era por eso, pero es un principio. Quizá pueda aprender, si quiere, aunque llevará tiempo.

—Yo sí que quiero. ¿Puedo? ¿Puedo aprender a traducir?

—Sí, Talia, tú puedes —dijo el guía.

Aquí: Nueve

El restaurante chino al que la había llevado Marga era bonito y tranquilo, decorado en tonos rojos con dragones de oro. El suelo era de cristal y, por debajo de sus pies, nadaban peces de todos los colores entre plantas verdes de acuario y pequeños cofres abiertos en los que podían ocultarse. La cena había sido agradable, aunque muchas veces se había quedado la conversación colgada en el aire, porque Ana pensaba en sus cosas y su amiga no quería interrumpir sus pensamientos.

Ahora, Ana acababa de meter la cuchara en la bola de helado flambeada cuando Marga puso un celular al lado de su copa.

—¡Bueno! Ya me tienes harta. Llama a casa o al celular de Miguel o a donde quieras, pero llama de una vez y descansa. Llevas toda la cena mirando el reloj y me estás poniendo loca. ¿Se puede saber por qué no tienes celular como todo el mundo?

Ana alzó la vista, sorprendida:

—No sé. No me gustaba estar siempre localizable. Además me paso el tiempo o dando clase o en una biblioteca o en casa. ¿Para qué quiero yo ese trasto?

—Para situaciones como esta. Anda, llama. Ya son cerca de las diez.

Ana dejó sonar el teléfono hasta que empezó a dolerle la mano y colgó sacudiendo la cabeza.

—No están.

—Pues llama al celular. Vamos, mujer; no hagas ahora como si tu marido fuera un

monstruo. El pobre debe de estar ya empezando a preocuparse.

—El pobre no debe de estar muy preocupado si a las diez aún no ha vuelto a casa. Lo mismo tiene una cena y ha mandado a Talia a casa de su amiga Pepa.

—Si no llamas, no lo sabrás. ¿Quieres que llame yo? —preguntó, viendo que su amiga no se decidía.

Ana le tendió el teléfono con una sonrisa de agradecimiento.

—El número es...

—Lo tengo. Me lo dio hace un par de días por si te pasaba algo y había que localizarlo.

Ana sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y se metió en la boca una enorme cucharada de helado que no le gustaba.

—Miguel es un buen chico, Ana; tú lo sabes mejor que yo. Pero tú eres mi amiga y estoy dispuesta a ayudarte con lo que tú decidas, aunque yo creo que la cosa tendría arreglo si quisieran.

—Si quisiéramos los dos... —dijo Ana en voz baja.

—¡Miguel! ¡Muchacho! Por fin... ¿Dónde se han metido? Ana y yo llevamos toda la tarde tratando de localizarlos. ¿Qué? Dímelo otra vez. No es posible.

—¿Qué pasa, Marga? —Ana había visto el cambio de expresión en su amiga y, de repente, era como si el suelo se hubiera hundido bajo sus pies—. ¡Pásamelo!

Marga negaba con la cabeza desde el otro lado de la mesa:

—Vamos para allá. Sí, quince minutos. Descuida.

—¿Qué es, Marga? ¿Qué pasa? ¿Le ha pasado algo a Miguel?

—Talia está en el hospital. Nos esperan.

Allí: Seis

Talia flotaba en una luz rosada que latía como un corazón tranquilo y le ofrecía imágenes que apenas podía poner en palabras. De vez en cuando cerraba los ojos y, al abrirlos, la luz había cambiado de color o el aire se había llenado de un perfume distinto o sonaba una música que nunca había escuchado. Algunas veces le parecía que era el color el que sonaba a su alrededor o el perfume el que cambiaba de forma frente a sus ojos. Veía un aroma de clavel en el canto de una flauta o podía oler el recuerdo del rostro de su madre en una combinación de rojos y violetas. Era tan hermoso que a veces lloraba sin saber por qué, con lágrimas lentas que no se deslizaban por sus mejillas para caer sobre la camiseta azul, sino que se convertían de

inmediato en globitos transparentes que se quedaban flotando a su alrededor y podía recoger estirando la lengua para captar su sabor salado.

No había nadie en la sala, pero no se sentía sola porque en ocasiones notaba presencias amigas, suaves como los pañuelos de seda que su madre guardaba en el cajón del tocador o cálidas como pullovers de angora.

Presencias que la rodeaban, la confortaban, le susurraban historias sin palabras que ella comprendía de algún modo.

Algunas veces pensaba en sus padres, otras veces en Pablo, en si estaría aprendiendo como ella; en otros momentos le venían a la mente imágenes familiares: el abuelo Mateo, que murió al poco de nacer ella y solo conocía por fotografías; la abuela Rosa en la cocina de la casa de Málaga preparando el gazpacho en un día de calor; Diego tumbado en el sofá, viendo la tele.

Podía sentir el olor del orégano cayendo sobre una pizza enorme, el sabor amarillo de las ciruelas claudias, el frío pinchazo en la lengua de las cerezas recién lavadas, la luz de los primeros días de las vacaciones entrando a rayas por entre las lamas de una persiana, la dulce bofetada de las olas de la playa contra sus piernas aún blancas.

Eran sensaciones rápidas, vaporosas, tranquilizadoras, que se desvanecían al momento de aparecer y le dejaban una sensación relajante, como cuando después de una pesadilla su madre la tranquilizaba, la arropaba bien y podía volver a dormirse sabiendo que no había peligro, que todos estaban allí para protegerla.

Los colores cambiaban suavemente, la música sonaba, los perfumes y las presencias se sucedían y ella se dejaba hacer, feliz y confiada, flotando en la luz, sin necesidad de palabras. Todas las palabras habían huido. Recibía alegremente cada cambio de luz y de sonido, pero ya no trataba de ponerlo en palabras, de recordarlo para poderlo contar. Su mente se había abierto al regalo que aquellos seres luminosos le estaban ofreciendo y ni una sola vez se le pasó por la cabeza que debía de hacer mucho tiempo desde que salió del colegio, que la estarían buscando, que nadie podría encontrarla porque nadie, menos el viejo del parque, sabía de la existencia del almacén de las palabras terribles.

CAPÍTULO IV

Aquí: Diez

Eran las tres y cuarto de la madrugada. Marga, Diego y Pedro se habían marchado a descansar un poco para volver a la mañana siguiente. Ana y Miguel estaban sentados junto a la cama de Talia y, ahora que ya habían hablado durante horas del accidente, de qué podría haber estado haciendo en aquel tranvía, de qué iban a hacer si no se despertaba por la mañana, de los consejos que la enfermera les había dado, se habían quedado en silencio, con la vista clavada en la cara pálida de su hija.

—¿Tú crees que puede ser voluntario? —preguntó Ana en la voz baja que se usa siempre junto a la cama de un enfermo.

—¿Voluntario? ¿Tú crees que uno entra en coma por gusto?

—No he dicho eso. Quiero decir que, quizá... no sé cómo decirlo... que quizá sea una especie de huida de la realidad. Que prefiere estar dormida y no despertarse para no ver lo que está pasando. Solo tiene doce años, Miguel.

—Sé muy bien qué edad tiene mi hija.

—Nuestra hija.

Hubo un largo silencio que Ana acabó rompiendo:

—Yo he leído artículos sobre pacientes que habían entrado en coma después de algo particularmente horrible.

—Nuestra hija —dijo Miguel reforzando el «nuestra»— se ha dado un golpe en el cráneo, ¿entiendes? No es como esas historias que se ven en las películas cuando un niño se vuelve autista o algo así. Es puramente físico, mecánico, como quieras llamarlo. Además de que a Talia no le ha pasado nada particularmente horrible, como tú dices. Sus padres se han separado; eso es todo. Le pasa a montones de niños de su edad. Tiene una fractura de cráneo. Cuando se le cure, despertará.

—El médico está seguro, ¿no?

Miguel pensó por un momento contarle que el médico estaba seguro de que era cuestión de días, pero acabó, como siempre, por decirle la verdad:

—No está seguro de nada. No tiene ni idea de lo que le pasa. Pero me ha dicho Tere que mañana vendrá el jefe del servicio y la examinará. A lo mejor él sabe más.

—Ha sido todo por nuestra culpa —Ana empezó a sollozar.

—Por tu culpa, más bien. Si tú hubieras estado en casa, como siempre, Talia no se habría subido a ese tranvía.

Miguel estaba agotado y furioso; tenía que lanzar su rabia contra alguien y la única que estaba a tiro era su mujer.

—Si tú hubieras vuelto a casa o hubieras obligado a Diego a estar allí cuando Talia iba a volver del colegio...

Las voces fueron subiendo de tono hasta llegar con bastante claridad al cuarto de las enfermeras donde Tere estaba tomándose un café con una compañera.

—Tendré que ir a decirles que si quieren pelearse, que se vayan al estacionamiento —dijo la otra enfermera poniéndose de pie—. Aquí hay pacientes

que tienen que descansar.

Tere la detuvo por el brazo:

—Espera un momento. Están histéricos aún, es natural. Ahora están en la fase de echarse la culpa el uno al otro. No creo que dure mucho la pelea.

—Yo creo que no es la primera vez que se pelean, Tere. ¿Los oyes insultarse? Eso no viene de hoy; eso ya es viejo.

—Deja, yo iré; a mí ya me conocen.

Tere salió al pasillo, iluminado y desierto, y caminó haciendo ruido con los zuecos para que la oyeran acercarse. Antes de que pudiera llegar a la puerta de Talia, las dos voces habían callado.

—¿Les apetece una taza de café? —preguntó en su voz más alegre.

Allí: Siete

Talia abrió los ojos esperando ver los colores cambiantes de su burbuja y por un momento no supo dónde estaba. Encima de ella, las hojas tiernas del sauce llorón se recortaban como siluetas oscuras sobre el azul intenso del cielo. Se sentó, perpleja, sobre la hierba salpicada de margaritas y se dio cuenta de que había estado tumbada junto al estanque de los patos en el parque de al lado de su colegio.

Se frotó los ojos varias veces, pensando que la imagen se desvanecería, pero el parque siguió allí, tan presente y real como siempre. Como si ella nunca hubiera estado en aquel otro mundo donde habían empezado a enseñarle a que sus palabras dijeran lo que ella quería decir.

No era posible que todo hubiese sido un sueño. Ella había estado allí, había hablado con aquellos guías luminosos, había visto sus palabras, las buenas y las terribles, flotando como joyas encerradas en sus fundas, esperando el momento de desaparecer. Había aprendido que una palabra puede ser una flor y puede ser un cuchillo.

Se puso de pie —por un momento, enormemente feliz de sentir todo el peso de su cuerpo, en lugar de flotar como una astronauta— y se estiró al estilo de los gatos. Tenía la impresión de haber crecido, como se siente después de haber estado varios días en cama con gripe; el suelo parecía estar un poco más lejos de lo normal, los pantalones le llegaban a los tobillos. «¡Qué bien! —pensó—. He crecido mientras dormía».

Echó una mirada alrededor y de repente volvió a sentir algo que creía olvidado:

miedo. Un miedo absoluto, implacable, que la paralizaba.

No había nadie en el parque. Ni viejos sentados en los bancos, ni pequeños jugando en los columpios, ni madres empujando cochecitos. Ni siquiera palomas o pájaros de ningún tipo. Los patos habían desaparecido. Los dos cisnes también. El silencio era sobrecogedor, como si el mundo se hubiera evaporado y solo quedara el parque con sus árboles y sus flores.

Miró ansiosamente hacia donde debía estar la entrada más cercana y, donde ella recordaba la gran puerta de hierro que solo se cerraba por las noches, no había más que árboles frondosos y rosales trepadores. «¿Dónde estoy? —se preguntó, cada vez más asustada—. ¿Dónde están los guías luminosos? ¿Por qué me han traído aquí?».

Rodeó el estanque tratando de averiguar si la entrada de la parte del río aún existía. Si estaba abierta..., si estaba allí —se corrigió—, estaría prácticamente al lado de la escuela; podría ver si había gente en la calle. Pero si hubiera gente se oiría el ruido de los coches, se oiría algo, cualquier cosa... Casi sin darse cuenta, echó a correr, aunque solo fuera para oír el ruido de su propia respiración, de sus pisadas sobre la gravilla.

Estuvo a punto de caer de narices al suelo al tropezarse con unas piernas extendidas, pero después de un par de traspiés, consiguió sujetarse al tronco de un árbol y recuperar el equilibrio. Cuando se volvió a ver quién era y qué había pasado, se encontró con los ojos de Pablo, aún medio cerrados y con su expresión ofendida.

—¿Qué haces ahí? —preguntó Talia, después de recuperar el aliento.

—No sé. Me había dormido, supongo. ¿Dónde estamos?

—En el Parque de la Constitución, creo. Lo raro es que no hay nadie más.

—¿Lo ves? —Pablo estaba otra vez casi rabioso—. ¿Ves cómo todo es mentira? ¿Ves cómo nos engañan para no dejarnos salir de aquí?

—¿De dónde?

Talia ya no estaba segura de saber de qué estaban hablando.

Pablo le hizo una seña para que se acercara y se puso un dedo cruzando los labios. Talia se acuclilló a su lado.

—Lo he estado pensando y ya lo sé —dijo en un susurro—. Esto es el infierno.

Talia se echó a reír con tantas ganas que acabó revolcándose por la hierba.

—Sí, riéte, riéte, imbécil, mocosa. ¡Qué sabrás tú de eso! Pero yo lo he pensado mucho y ahora está claro. Hemos hecho algo malo. O por lo menos los dos creíamos que habíamos hecho algo malo, así que nos están castigando.

—Pero —aunque Talia había dejado ya de reírse a carcajadas, no podía evitar seguir sonriendo, a pesar de la cara de vinagre de Pablo— ¿cómo va a ser esto el infierno, con lo bonito que es y lo bien que nos tratan?

—A mí me han tenido encerrado mucho tiempo, viendo cosas de mi vida pasada, cosas que no quería ver, oyendo palabras que no quería oír. Me han hecho recordar cosas horribles que ya había olvidado. No nos dejan salir...

—¿Tú quieres salir? —Talia estaba realmente sorprendida—. ¿Por qué?

—¡Maldita sea! ¿Cómo puedes ser tan tonta? Claro que quiero salir. Quiero volver a la realidad, quiero volver a mi piso, a mis amigos, a mi vida normal.

—¿A Jaime?

—No. A Jaime no quiero volver a verlo ni en foto. Estoy aquí por su culpa.

—O sea, que no has aprendido nada.

Pablo dio un bufido de impaciencia, se puso de pie y empezó a darse manotazos en los vaqueros como para quitarse briznas de hierba que no tenía pegadas a los pantalones.

—Tiene que ser el infierno —decía para sí mismo—. Tú, que no eres más que una mocosa, acabas de decir lo mismo que me decía mi madre de pequeño, lo que dice mi padre cada vez que comemos juntos... Hasta el imbécil de Jaime me lo ha llegado a decir. «No has aprendido nada». «No has aprendido nada», la cantinela de toda mi vida.

—Mira, Pablo —dijo Talia, tratando de sonar sensata para convencerlo—, hay una razón muy sencilla: esto no puede ser el infierno por muchas cosas, pero sobre todo porque para que fuera el infierno tendríamos que estar muertos.

Pablo se quedó mirándola con un brillo de locura en los ojos y, en los labios, una sonrisa triunfal:

—Lo has comprendido, chica. De eso se trata: estamos muertos.

Aquí: Once

El doctor Guerrero estaba haciendo brillar un instrumento plateado frente al ojo derecho de Talia, que mantenía abierto con dos dedos. En la puerta, Ana y Miguel, con el rostro casi gris de cansancio y preocupación, observaban al médico tratando de adivinar el resultado del examen por sus gestos.

Lo vieron acariciar la mejilla de la niña, leer el parte con concentración y perder la mirada en la pared, en silencio.

—¿Cómo está? —preguntó por fin Miguel.

El médico volvió la mirada hacia ellos. Las gruesas gafas le agrandaban los ojos de color avellana.

—Estable.

—¿Qué quiere decir eso exactamente? —insistió Miguel, a pesar de la mirada de reprobación de Ana.

—Estable quiere decir que está bien —contestó Ana.

Miguel se giró violentamente hacia ella, casi como si estuviera dispuesto a darle una bofetada:

—Sé perfectamente lo que quiere decir «estable»; no soy tan ignorante como tú te crees. Y no quiere decir que está «bien», no hay más que verla para saber que no está bien. Quiere decir que está como estaba ayer, no peor. Y a la vez quiere decir que no se sabe nada o que no quieren decirnos nada.

El doctor Guerrero sonrió apenas, cuando ya Ana parecía lista para volverse a enzarzar en una discusión con su marido.

—Tiene usted razón, señor Castro. Es la respuesta clásica para no tener que decir lo que muchas personas ya no quieren que se formule diciendo que «está en manos de Dios». Podemos mantenerla como está casi indefinidamente. Podemos esperar a que despierte. Lo que no podemos hacer es influir en ese despertar. Si les sirve de algo, salvo el hecho de que está en coma y no podemos llegar a ella, por lo demás está bien. Solo tiene heridas superficiales y, si estuviera consciente, podría irse a casa con ustedes.

Se pasó la mano por el pelo blanco que, de tan fino, se le despeinaba constantemente, y alzó las manos en un gesto de resignación.

—Pero ¿usted cree que hay esperanzas, doctor? —preguntó Ana.

—Por supuesto. Todas. Es cuestión de paciencia y cariño. Ustedes la quieren, ¿no?

Registró la expresión ofendida de ambos y se apresuró a añadir:

—Quiero decir, no se trata de una niña no deseada, abandonada, maltratada incluso, ¿verdad que no?

—¡Cómo se atreve usted a pensar...! —Miguel apretaba los puños y enrojecía por momentos.

—No se ofenda, señor Castro. Si fuera así, me gustaría saberlo por razones médicas. Psiquiátricas, ¿comprende?

—Nuestros hijos son lo mejor que tenemos —dijo Ana con los ojos llenos de lágrimas—. Lo más importante de nuestra vida.

—Entonces, hay esperanza. Pasaré esta tarde otra vez. ¡Ah! ¿Tendrían inconveniente en que trajéramos aquí al muchacho del accidente, el que también está en coma? Estamos mal de espacio y, como aún no se ha presentado ningún familiar, podría ser bueno para el chico estar en un cuarto donde se oyen voces humanas. Y a Talia no puede molestarle su presencia. Hay gente que no quiere que personas de distinto sexo compartan habitación, pero siendo los dos tan jóvenes y estando en coma... Si no les parece mal...

Expresaron su conformidad y se despidieron del médico hasta la tarde.

—¡Pobre chico! —dijo Ana—. ¿Será posible que, siendo tan joven, no tenga a nadie que se preocupe por él?

—¿Es verdad eso que has dicho? —preguntó Miguel, buscando sus ojos—. Eso de que los hijos son lo más importante de nuestra vida.

—Claro.

—Entonces todo lo que nos hemos peleado por tus ambiciones, por mi trabajo, por tu libertad, por todo eso...

—También es importante —contestó ella, apretando los labios.

—Pues mira, en estos momentos, me importa un pepino. Si alguien me ofreciera devolverme a Talia como estaba hace dos días, daría cualquier cosa: mi trabajo, mi ascenso, mi sueldo... Lo que fuera. ¿Tú no? ¿Tu tesis, tus oposiciones para la universidad, tus amigos poetas?

Ana se mordió los labios, mientras su marido miraba, fascinado, su garganta que subía y bajaba como si algo se le hubiera quedado detenido en la mitad:

—Todo, Miguel. Yo lo daría todo porque Talia volviera a decirme que me quiere —consiguió decir por fin, antes de romper a llorar.

Sin saber cómo, se encontraron abrazados, llorando sobre el hombro del otro.

Allí: Ocho

En el parque nada había cambiado. La luz del sol seguía fingiendo un mediodía eterno que marcaba sombras duras al pie de los árboles. Talia y Pablo habían explorado todas las salidas que ella recordaba, pero las puertas habían sido sustituidas por setos, rosaledas y castaños gigantes que se perdían en la distancia como si el parque no tuviera fin.

Al cabo de un tiempo que no podían medir porque los relojes de ambos se habían parado, habían decidido regresar junto al estanque y volverse a sentar en la hierba a esperar que sucediera algo.

—Es como estar esperando a que te hagan un examen oral de una asignatura que ni has mirado —dijo Pablo—. Sabes que lo vas a pasar fatal y al mismo tiempo estás deseando que te llamen para acabar de una vez.

Talia levantó la vista de la corona de margaritas que estaba tejiendo por hacer algo.

—Yo tampoco entiendo nada. Estaba aprendiendo tan feliz y de repente nos ponen aquí a no hacer nada.

—¿Estabas aprendiendo?

Ella asintió con la cabeza distraída, volviendo a su corona.

—¿Qué?

—Es difícil decirlo en palabras. Mi guía me dijo que las palabras humanas son

imperfectas y tenía razón. Hay muchas cosas que no sabemos decir, por eso decimos otras. Y también depende de la música ¿sabes? El tono en que las dices, la manera en que miras al otro, los gestos que haces... Pero lo mejor que se recuerda son las palabras que te han hecho daño.

—Todo eso son tonterías de catecismo —dijo Pablo con desprecio.

—Quieres decir que no me entiendes y eso te pone nervioso, ¿verdad? Porque tú eres mayor que yo y deberías comprender lo que digo, pero no lo comprendes.

Talia descubrió, sorprendida, que ahora entendía cosas que antes se le habrían escapado y por eso podía aceptarlas bien.

—Eres una niña pedante y sabihonda.

Talia sonrió.

—¿A qué viene ahora esa sonrisa de suficiencia? —preguntó Pablo ofendido.

—Estás tratando de usar las palabras como un cuchillo. ¿No te alegras de que podamos estar aquí juntos en lugar de estar solo?

—Preferiría estar solo. O con alguien adulto y sensato. No con una mocosa cursi y sabelotodo.

Talia no contestó y siguió tejiendo flores con toda su concentración. Se sentía tranquila y en paz, como cuando tus padres te dejan en un sitio en el que estás a gusto porque tienen que hacer algo importante, pero sabes seguro que vendrán a recogerte en cuanto terminen.

—Vas hecha un mamarracho —empezó de nuevo Pablo, cuando se cansó de mirarla ensartar unas flores con otras—. Se te ven los tobillos y la camiseta te queda pequeña.

—Es que he crecido.

—¡Vamos! Uno no crece de golpe. Si tú hubieras crecido, a mí la barba me llegaría al pecho.

Talia levantó la vista.

—Pues, mira, es verdad. Tú no has cambiado nada.

Entonces se apagó la luz del sol y el parque desapareció de golpe.

Aquí: Doce

Jaime y Yolanda estaban en una cafetería del centro tomando algo hasta que se hiciera la hora de entrar al cine cuando, reflejado en el espejo que cubría la pared, a ella le pareció ver la cara de Pablo en la tele. Se dio la vuelta, pero el aparato estaba

en la esquina y, como tenía la voz muy baja, no consiguió oír lo que estaba diciendo sobre él.

—Mira, Jaime, rápido. Es Pablo.

Jaime tuvo apenas tiempo de echar una mirada antes de que cambiara la imagen para presentar un accidente, un camión volquete y un tranvía o un autobús, por lo que se podía apreciar de los restos de ambos vehículos.

—¿Sabe usted qué ha pasado? —preguntó Jaime al camarero de la barra, que echaba miradas distraídas al televisor mientras iba colocando vasos limpios en la estantería.

—Es lo del accidente de ayer en el barrio de El Remedio. Están buscando alguien que conozca al chico ese.

—¿Por qué? —preguntó Yolanda, sin decir que ellos lo conocían, ya que por un instante, y aunque Pablo nunca había estado metido en ningún lío político o ilegal, se le había pasado por la cabeza que se tratara de una bomba o algún acto terrorista.

—Porque parece que está en coma y no llevaba documentos encima. No tienen forma de ponerse en contacto con la familia. Para mí, por la pinta que tiene, que es un extranjero de vacaciones y por eso aún no lo ha reconocido nadie.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Jaime, sacando ya la cartera para pagar la consumición.

—En el Hospital Provincial. ¿Por qué? ¿Lo conocen?

—Es mi compañero de piso y tiene la estúpida manía de ir siempre indocumentado.

—Lo siento, chicos —dijo el camarero. Y cuando ya estaban en la puerta añadió — ¡Suerte!

Fueron a la parada de taxis más cercana, pero no había ninguno a la vista. Jaime sacó la agenda para asegurarse de tener los teléfonos de los padres de Pablo y no tener que pasar primero por la casa de Yolanda a buscarlos. El día antes había salido tan deprisa del piso que lo había metido todo amontonado en una maleta y varias bolsas y por eso fue un alivio comprobar que toda la información necesaria estaba en su agenda, nombres, teléfonos y direcciones.

—No se me ocurre qué podía estar haciendo un esnob como Pablo en ese barrio —dijo Jaime, ya en el taxi que los llevaba al hospital.

—Iría a casa de una de sus muchas amigas.

—¿En El Remedio? Pablo pica más alto.

—La verdad es que eres un pan bendito, Jaime. Ayer te echa de casa y hoy te matas por ir a ver cómo está —dijo Yolanda tomándole la mano.

—Es que yo aún soy amigo suyo.

—No me lo explico. Se ha pasado la vida tratándote como un trapo de fregar.

—No puede evitarlo. Le hicieron mucho daño de pequeño y se ha acostumbrado a pensar primero en sí mismo.

—Solo en sí mismo —corrigió Yolanda—. Además de que el ser hijo de padres

separados no te da derecho a ser un cerdo el resto de tu vida. Mis padres también se divorciaron poco después de nacer yo y yo no soy así.

—Será que ha salido a su padre.

—Siempre tienes alguna excusa para él.

—Tú también lo querías. No hagas ahora como si nunca te hubiera importado.

—Yo lo quería hasta que me di cuenta de que el corazón de Pablo es así de pequeño —señaló un pedacito de uña— y, claro, no hay sitio para nadie más.

—A mí me quiere.

—Como el gato a los tomates. No te engañes.

El taxi paró frente a la puerta y dejaron de hablar. Jaime estaba tenso, más preocupado de lo que Yolanda lo había visto nunca, y ya se conocían desde hace casi un año. La enfermera de recepción les indicó cómo llegar a la habitación de su amigo y telefoneó arriba para avisar de que había una pareja que decía conocer al muchacho en coma.

En la pequeña sala de espera se encontraron con un matrimonio y dos chicos de su edad conversando con un médico ya mayor de pelo muy blanco.

—¡Qué alegría! —dijo el médico al verlos—. Por fin alguien que lo conoce. Vengan a verlo y luego ya les explicaré y les presentaré a los demás.

Yolanda estuvo a punto de decirle a Jaime que fuera él solo, pero enseguida pensó que tendría que quedarse con aquella familia sin saber de qué hablar y decidió callarse y acompañarlo. Se quedaron parados en la puerta mirando las dos camas hasta que el médico empezó a hacerles señas de que se acercaran.

—¡Hey amigo! —dijo Jaime en voz alta, como si su amigo estuviera despierto y saludándolo—. Estás hecho un poema.

Pablo tenía un vendaje cruzándole la mitad de la cara, un tubo en la nariz, el suero en el brazo y otro tubo que surgía de entre las sábanas hasta una bolsa de orina colgada del somier.

—Vamos, Pablo, abre el ojo. ¿O ya no saludas a los colegas?

El médico sonreía a Jaime, como indicándole que lo estaba haciendo bien.

—Ya he encontrado dónde quedarme, no te preocupes, aunque si piensas seguir ahí tirado sin abrir el pico, lo mismo me vuelvo al departamento y me quedo con tu habitación, que es más grande y tiene mejor vista.

Yolanda se tapó la cara con las manos y, casi tambaleándose, salió del cuarto. Era como si Jaime estuviera hablando con un cadáver. Y en la otra cama había una niña de la edad de su sobrina Pili, también como muerta. Debía de ser la hija de la familia que había visto fuera.

Cuando hubo salido la muchacha, el médico se acercó a Jaime, le puso la mano en el brazo y le indicó que salieran al pasillo.

—Bueno, amigo, me echan. Ya pasaré cuando me dejen a ver si quieres algo.

En el pasillo, Jaime se apoyó contra la pared con los ojos cerrados, tapándose la boca con las manos.

—¿Qué tiene? —susurró cuando pudo hablar.

—Está en coma profundo.

—¿Qué se puede hacer?

—Lo que has hecho, hablarlo con cariño, y esperar. ¿Me puedes dar los datos de su familia?

—Yo soy su familia.

—¿Su hermano? —la mirada del médico decía con claridad que no se parecían en nada.

Jaime era bajito y fuerte. Pablo alto y más bien flaco. Jaime moreno, Pablo rubio.

—No. Su mejor amigo, desde el colegio. Su madre vive en Argentina y su padre en Nueva York. Los dos tienen una nueva familia y hace siglos que no se ocupan de él. Le dan dinero, pero no tienen tiempo ni ganas de verlo. Solo me tiene a mí.

—Habrá que avisarlos de todos modos.

—Sí. Supongo que sí. Pero conociéndolos, vendrán una vez, se pelearán, acabarán poniéndose de acuerdo en ingresarlo en una clínica suiza de las que cuestan un riñón, para quedarse tranquilos teniendo que pagar, y el pobre ni siquiera tendrá alguien que lo visite.

—Anda, ven a que te presente a la otra familia.

Allí: Nueve

Cuando volvió la luz. Pablo ya no estaba y Talia se encontraba en un lugar que no conocía. Era como sucede en los sueños: los escenarios cambiaban de pronto sin que se supiera cómo y, sin embargo, no daba miedo ni parecía extraño, como si fuera lo más normal del mundo que la gente apareciera y desapareciera y las cosas cambiaran de aspecto sin previo aviso.

La familiar forma luminosa del guía estaba frente a ella y la conducía por una especie de terraza iluminada llena de plantas floridas. A su izquierda se abrían diferentes habitaciones, todas enormes, vacías y brillantes, y a su derecha se veía un paisaje de nubes, como el que se ve desde la ventanilla de un avión. Caminaban en silencio, sin prisa, casi como flotando en la luz dorada.

Entraron en una de las salas de altísimas columnas blancas y suelo ajedrezado hasta llegar a la mitad de la habitación, donde, sobre una estrella que parecía hecha de mosaico luminoso, reposaba un objeto transparente tres o cuatro veces más alto que Talia.

Ella se quedó quieta delante del objeto frente al que se había detenido el guía y miró con atención. Estaba hecho de dos compartimientos separados en los que se amontonaban muchos trocitos brillantes, como piedras preciosas de todos los colores. Uno de los compartimientos estaba casi vacío y el otro casi lleno hasta el borde.

—¿Son palabras? —preguntó.

—No solo. Aquí no conservamos solo las palabras. Tenemos también un lugar para las sonrisas, las caricias, las mentiras, los golpes, los pensamientos amables, los miedos, las amarguras... Todo se guarda, se archiva, ¿comprendes? No hay nada humano que no tengamos aquí.

—¿Para qué?

—Es así.

—¿Y esto qué es?

Talia había ido aprendiendo que los guías respondían a las preguntas, pero no explicaban nada que no hubiese sido preguntado y, aunque a veces la respuesta no le servía de mucho, había que intentarlo para comprender.

—Esto es el resumen de tu vida hasta ahora.

—¿Por qué hay tan pocas de estas? —Talia señalaba la parte donde las piedras brillantes cubrían apenas el suelo del contenedor.

—Estas representan las cosas de ti misma que no te gustan, las que quisieras cambiar, lo que has pensado, dicho o hecho en el tiempo que llevas de vida.

—Las cosas malas, quieres decir.

—Lo que tú misma sientes como malo. Aquí no juzgamos.

—¿Y las otras?

—Las que te han dado felicidad y alegría a ti o a otros seres.

—¿A otras personas?

—Seres. Humanos, animales, vegetales, minerales, espirituales... De cualquier tipo.

Talia tardó un tiempo en comprender lo que le acababa de decir el guía y decidirse a hacer la siguiente pregunta, pero, como siempre, no había prisa. Estaba segura de que podía haber estado allí parada durante años —si es que en aquel lugar pasaban los años— y no habría sucedido nada.

—¿Qué significa que haya tanto de una cosa y tan poco de otra? ¿Que he sido buena?

—Aquí no juzgamos. Te estamos mostrando lo que tenemos sobre ti.

—¿Y ahora qué pasa?

—Aquí no hay ahora. Aquí es siempre.

—¿Puedo volver a casa?

—Puedes, si lo deseas.

—¿Puedo quedarme?

—Puedes, si lo deseas.

Talia se mordió el labio inferior, como siempre que tenía que tomar una decisión.

Siempre había encontrado difícil decidirse por algo porque siempre había dos cosas que le apetecían igual, como cuando tenía que elegir entre ir a una fiesta de cumpleaños o irse de excursión con sus padres y otros matrimonios con hijos de su edad. Las dos cosas tenían ventajas e inconvenientes. Pero ahora no tenía que ver la cara de exasperación de su padre que le metía prisas para que se decidiera de una vez. El guía nunca tenía prisa. A lo mejor era por lo que había dicho: porque en aquel lugar no existía el tiempo y siempre era siempre.

—Si me voy... ¿podré volver? —preguntó después de pensarlo mucho.

Esa era la cuestión que más le importaba.

—Nunca más mientras vivas.

—Y si me quedo... ¿podré volver alguna vez?

—Nunca a la casa que conocías al venir aquí. Si te quedas más, cuando regreses todo será diferente. Allí sí existe el tiempo. Tu mundo habrá cambiado.

Talia sintió que se iba a echar a llorar de un momento a otro. Necesitaba ayuda. Necesitaba ver a su madre, hablar con ella y pedirle que la ayudara a decidir. Pero su madre estaba en el otro mundo, en el mundo donde el tiempo pasaba y la gente tenía prisa y había que tomar decisiones.

—Aún soy pequeña —le dijo al guía con los ojos brillantes de lágrimas—. Necesito que me ayudes a decidir.

—La decisión es tuya, Talia. Puedes hacerlo.

Ella miró otra vez la gigante construcción transparente donde brillaban las piedras lanzando rayos de color que se estrellaban en las paredes blancas de la hermosa sala. Era como estar dentro de un arco iris, bañándose en las chispas de luz. Si se iba ahora, no aprendería más; nunca más vería los prodigios de aquel lugar misterioso; no tendría más que sus recuerdos.

—¿Puedo volver un poco a la burbuja y pensar?

—El tiempo no existe —dijo el guía.

Los colores la rodearon y toda la burbuja se llenó de un perfume fresco y suave que le llegaba en oleadas junto con la música lejana de un violín. Flotaba de nuevo en la dulzura de sus recuerdos, de sus fantasías, de cosas que no tenían nombre. Cerró los ojos y descansó.

Aquí: Trece

—Esta situación es absolutamente intolerable —le estaba diciendo a Tere, la

enfermera, un hombre elegantísimo con corbata de marca y reloj de oro que Ana no había visto nunca.

Ella acababa de llegar al hospital y al entrar en la habitación de Talia, se encontró con una especie de reunión de desconocidos. Además de Tere y de Jaime, había en el cuarto tres personas más: el hombre trajeado, otro hombre también de traje con un maletín y anteojos sin montura y una mujer perfectamente maquillada, recién salida de la peluquería y con un abrigo de entretiempo blanco, que había ocupado un sillón junto a la cama de Pablo.

Todos se volvieron hacia Ana, y Jaime se adelantó para hacer las presentaciones.

—Esta es Ana, la madre de Talia —dijo con sencillez—. Estos son los padres de Pablo: Elena y Fernando. Y este señor es el doctor Galtieri, el médico americano que ha traído Fernando.

Se estrecharon las manos en silencio y Elena, sin abandonar el sillón junto a la cama, comentó dirigiéndose a la enfermera, con un suave acento argentino:

—¿Lo ve? En este cuarto compartido no tenemos la mínima intimidad.

—Hasta este momento —contestó Tere, tratando de no reaccionar con agresividad ante los comentarios de los padres de Pablo—, su hijo ha oído voces humanas gracias precisamente a esa falta de intimidad. Si lo hubiéramos puesto solo en una habitación, no habría tenido más que a Jaime y así siempre hay alguien en el cuarto porque la familia de Talia viene todos los días.

—¿Usted qué dice, doctor? —preguntó Elena al americano.

—Yo —contestó en un español con acento mexicano— sería partidario de trasladar al muchacho a Nueva York, donde podría vigilarlo personalmente.

—¿Y quién iría a visitarlo? —intervino Jaime—. No te ofendas, Fernando, pero yo sé que apenas tendrías tiempo para ir a verlo y me parece que Pablo necesita a alguien que se ocupe de él todo el tiempo.

El doctor Galtieri sonrió de un modo casi insultante, como si Jaime fuera un pobre ignorante al que había que tratar con condescendencia.

—¿Puedes decirme qué bien crees que le estás haciendo a Pablo con tu compañía? No sabe que estás aquí, muchacho. No registra nada de lo que sucede a su alrededor. Por si no te has dado cuenta todavía, está en coma profundo.

—Pero hay alguna posibilidad de que salga del coma —dijo Elena, llevándose la mano al cuello adornado con una fila de perlas—. ¿No es cierto?

El doctor Galtieri miró a Fernando, se giró hacia la mujer y contestó en voz baja:

—Siempre hay alguna posibilidad, pero es mi deber advertirles de que las esperanzas son mínimas.

Ana se dirigió bruscamente hacia su hija y, de un tirón, cerró las cortinas que ocultaban la cama.

—No van a seguir hablando de ese modo —les dijo en tono seco—, hagan el favor de salir de la habitación y discutirlo en el pasillo.

—Querida señora —insistió el médico—, no se gana nada cerrando los ojos a la

realidad. Los pacientes en coma no se enteran de nada de lo que se habla frente a ellos. Lo más probable, y créame que no quiero hacerla sufrir innecesariamente, es que ni su hija ni Pablo...

—¡Váyase de esta habitación! —Ana no gritaba, pero sus ojos despedían chispas.

El hombre se encogió de hombros y, con un gesto, pidió a los otros que lo acompañaran al pasillo. Tere le hizo un guiño a Ana, acompañado de una rápida sonrisa y dijo:

—Voy a buscar al doctor Guerrero.

Los hombres salieron y las dos madres se quedaron en la habitación, cada una al lado de su hijo.

—¿Usted tiene esperanzas? —preguntó Elena al cabo de unos minutos.

—Yo sí. ¿Usted no?

Elena pasó la mano suavemente por el borde de su abrigo.

—Dice el doctor Galtieri...

—Me importa un comino lo que diga el doctor Galtieri —la interrumpió Ana.

—Es una eminencia.

—Me da igual. Estoy segura que Talia volverá, si no la abandonamos. Estoy dispuesta a venir aquí todos los días, los meses que hagan falta. Años, si es necesario. Hasta que vuelva.

—Yo es que no puedo quedarme —dijo Elena mirando a Pablo—. Tengo otros dos hijos en Argentina. Me necesitan, ¿comprende? Mi esposo también me necesita. Y por Pablo no puedo hacer nada, ¿no es cierto?

Ana estuvo a punto de decirle sinceramente lo que pensaba de ella y se mordió los labios. Ella no era quién para juzgarla. Quizás fuera verdad que sus hijos y su marido la necesitaran más que Pablo. Y estaba Jaime, que venía todos los días, que lo quería de verdad.

—Le parece mal lo que hago, ¿verdad? —insistió Elena, mirándola fijamente.

—Lo que me parecería mal es que se lo llevaran a un sitio donde nadie tendrá tiempo para él, donde nadie lo visitará como aquí. Si usted no puede ocuparse de Pablo y su ex marido tampoco, entonces lo mejor que pueden hacer es dejárnoslo a nosotros. Jaime es como un hermano y nosotros también le hemos tomado cariño.

—Hablaré con Fernando —dijo Elena poniéndose de pie. Miró a su hijo y le pasó la mano por la frente, por las mejillas—. ¿Sabe, Ana? Hacía diez años que no lo tocaba y he tenido que esperar a que esté así —se interrumpió un momento como para tragar saliva— para poder hacerle una caricia.

—¿Por qué?

—Porque Pablo no nos perdonó nunca que nos separáramos, que lo dejáramos en aquel colegio, que yo volviera a casarme y a tener hijos. Nos vimos varias veces en estos años, por supuesto, pero Pablo siempre me dejó claro que había dejado de quererme, que no me necesitaba ya. Ni a mí ni a su padre.

—¿Y usted?

—Yo... no sé cómo explicarlo. Yo había empezado una vida nueva, en otro país, con otra familia. Pablo sigue siendo mi hijo, pero... hace tanto que no hablamos. Y yo lo sigo queriendo, ¿sabe? Pero creo que no se lo he dicho desde que era pequeño. Y ahora ya... —metió la mano en el bolsillo del abrigo, sacó un pañuelo y se cubrió la boca para no sollozar.

—Dígaselo ahora, Elena —la animó Ana—. Dígaselo, aunque crea que no lo oye. Yo se lo digo a Talia todos los días y eso ayuda, de verdad. Están vivos, Elena. Parecen muertos, pero están vivos. Solo falta que los ayudemos a volver con nosotros.

Elena la miró con los ojos llenos de lágrimas, se inclinó sobre Pablo y lo besó. Luego empezó a hablarle al oído, muy bajito, y Ana salió del cuarto para que pudieran estar a solas un rato.

En el pasillo, Jaime hablaba y hablaba convenciendo a Fernando de dejar a su hijo donde él pudiera visitarlo. El médico americano se encogió de hombros y, balanceando su maletín, se fue hacia los ascensores, saludando apenas a Ana con la cabeza.

—Ven, Ana, acércate —dijo Jaime—. Dile tú a Fernando que nosotros estamos aquí con Pablo, que puede contar con todos nosotros.

—Pues claro.

—Es que yo... Mire, Ana, yo soy un hombre muy ocupado. Si pudiera hacer algo por mi hijo, lo haría, siempre lo he hecho, nunca le ha faltado nada, pero... venir simplemente a sentarme a su lado sin que sirva de nada... no me lo puedo permitir, ¿comprende?

—Pero si se lo lleva a Nueva York, allí pasará lo mismo, con la diferencia de que Jaime no está para ayudarlo.

—¿Y si te vienes a Nueva York con nosotros? —preguntó Fernando, mirándolo directamente.

Jaime sacudió la cabeza.

—Yo estoy estudiando aquí, Fernando. Mi novia está aquí. Pablo está aquí. Deja las cosas como están, anda. Yo te llamaré si hay novedades y tú puedes llamarme todos los días, si quieres. Confía en mí, hombre.

—Siempre he confiado en ti —dijo Fernando abrazando al muchacho.

CAPÍTULO V

Aquí: Catorce

Jaime llegó al hospital totalmente sudado y sintió un escalofrío al pasar del calor de agosto al aire acondicionado del interior, pero por suerte se había acordado de meter un abrigo en la mochila, sabiendo que las horas que pasara al lado de Pablo serían insoportables sin ponerse algo encima. Estar sentado, sin moverse casi, durante dos o tres horas junto a una cama de hospital con la refrigeración al tope era casi peor que meterse en un tren de largo recorrido.

Se acababa de pelear otra vez con Yolanda, que no comprendía que, después de tres meses, hubiera que seguir yendo todos los días a visitar a Pablo.

«A Pablo le da igual que estés allí, a su lado, ¿no te das cuenta? —le había dicho Yolanda, tranquila al principio y luego cada vez más enfadada—. De todos modos no se entera. ¿Qué más le da a él que te vengas dos semanas de vacaciones a Huelva conmigo? Cuando volvamos seguirá en el hospital, tan muerto como siempre. Pero nosotros estamos vivos y los vivos necesitamos ir a tomar el sol, bailar, divertirnos. Si estuviera despierto, lo comprendería. Me fastidiaría que no vinieras, claro, pero lo entendería. Lo que no entiendo es que te empeñes en ir todos los días a contarle cosas a un cadáver. Es como si hablaras con la pared».

Era posible que Yolanda tuviera razón, pero él no se sentía capaz de ir de copas y de discotecas sabiendo que Pablo no tenía quien lo visitara. Ya que había conseguido que sus padres no se lo llevaran a Nueva York, lo menos que podía hacer era seguir yendo a verlo, a contarle cosas del mundo exterior, a intentar traerlo de nuevo a la vida, como hacían los padres de Talia.

En la habitación se encontró con Ana, que estaba pasándole una servilleta perfumada a su hija por la cara pálida y enflaquecida. En los tres meses que llevaban viéndose todos los días habían tenido ocasión de contarse sus vidas y se habían hecho amigos.

—Hola, Jaime —le dijo Ana al verlo entrar—. ¿Qué? ¿Se ha ido por fin?

Jaime asintió con la cabeza, dejándose caer en la silla de siempre.

—Yolanda no es de las que tienen mucho aguante. Todo esto es demasiado para ella —contestó, abatido.

—Piensa que, al fin y al cabo, Pablo no es realmente nada suyo. No es como si fueras tú el que está en esa cama.

Jaime sacudió la cabeza, agarró una toallita húmeda y empezó a pasársela por la cara a Pablo.

—Se habría ido igual, Ana. No me hago ilusiones. Ella quiere un novio para poder salir, bailar, pasarlo bien; no para estar atada a una cama de hospital. La verdad es que creo que hemos terminado.

Ana se acercó a Jaime y le puso una mano en el hombro:

—Lo siento.

—Psé. Es lo que hay. Cada uno es como es. ¿Qué tal ustedes?

—Eso era lo que le estaba contando a Talia. Diego y Pedro se han matriculado en empresariales en Barcelona. Necesitan cambiar de aires, así que a partir de septiembre los veremos poco por aquí. Miguel se ha ido una semana a ver a sus padres al pueblo.

—¿Tú no te vas a tomar unos días después?

—No. Ya no me queda nadie. Hace años que murieron mis padres; mi hermana y su marido querían que me fuera con ellos a un viaje por Galicia, pero no quiero dejar sola a Talia. Estoy mejor aquí.

—Pero, tú y Miguel ¿siguen juntos?

Ana fue hasta la ventana y se quedó allí mirando hacia afuera.

—Sí. Bueno, más o menos. Miguel ha rechazado el ascenso porque tendría que haberse trasladado. Yo he decidido no presentarme a las oposiciones para la universidad. Después de lo de Talia, todo parece tan estúpido, tan poco importante... ¿Comprendes? Lo teníamos todo: un trabajo estable que nos gustaba, dos hijos sanos, un matrimonio que funcionaba... Todo. Pero empezamos a pensar que no era bastante, que podíamos aspirar a más. Y como era todo tan difícil empezamos a creer que cada uno por su lado sería más sencillo. Ahora estamos esperando. No conseguimos tomar una decisión, pero por lo menos ya no nos peleamos como antes. Cada uno hace su vida y nos vemos por las noches, para hablar un rato, para ayudarnos el uno al otro. Lo que pase más adelante ya se verá.

—Pero ¿se quieren?

—Claro que nos queremos. Nos hemos querido siempre. Uno no se pelea de esa manera con alguien a quien ha dejado de querer. Lo que pasaba es que no nos entendíamos ya, que no hablábamos bastante. La gente cambia con el tiempo, pero se va guardando esos cambios o el otro no los ve. Al final acaba uno hablando consigo mismo y dentro todo está muy claro, pero cuando trata de explicarlo... se complica. Desde que Talia está así, Miguel y yo hemos hablado mucho. Lo que pasa es que es muy difícil olvidar todo lo que nos hemos dicho a lo largo de tantos meses. Aún hay muchas cosas que duelen.

»Mira, Jaime, no es por meterme en tu vida, pero si Yolanda te quisiera de verdad, se habría quedado aquí, aunque salieran a pelea diaria. No habría podido marcharse a ponerse morena, sabiendo que tú te pasas los días aquí al lado de Pablo. Cuando ya ni te peleas, cuando el otro se va sin más, es que no queda nada por salvar.

Jaime no contestó. Ana se apartó de la ventana y se sentó al lado del muchacho, mirando a Pablo, inmóvil, con los ojos cerrados, perdido en otro mundo.

—Miguel y yo seguimos viviendo juntos, aunque cada uno haga su vida. Nos apoyamos, nos consolamos el uno al otro... Pero hasta que Talia vuelva no sabemos bien qué va a pasar. Estamos esperando, ¿comprendes? Esperando a ver si podemos volver a empezar todos juntos.

Jaime tomó la mano de Ana y se la apretó:

—Volverán, ya verás. Hay que tener confianza.

Allí: Diez

—¿Esas pocas piedras brillantes son lo único bueno que he hecho en la vida? — estaba preguntando Pablo, fascinado por el juego de los colores en la sala de las columnas.

—Nosotros no juzgamos. Conservamos tan solo.

—Pero está claro que el balance a mi favor no es gran cosa.

—La forma en que tú interpretes tu vida es cosa tuya. Nosotros mostramos lo que hay.

Pablo siguió mirando los dos contenedores transparentes sin saber qué pensar. En uno de ellos, apenas dos docenas de joyas refulgían en el fondo; en el otro, las piedras se amontonaban casi hasta el borde. Según lo que él había entendido de la explicación del guía, el recipiente que estaba lleno era el de lo malo y el que estaba prácticamente vacío contenía lo poco bueno que había hecho en sus veinte años de existencia.

—Dices que no juzgan —dijo lentamente, como si fuera hablando mientras lo pensaba, como si no supiera exactamente lo que iba a decir—, pero me estás enseñando lo que he hecho de mi vida para que yo lo juzgue y aprenda algo, ¿no?

—Lo que tú decidas hacer con lo que te nuestro depende de ti, Pablo.

—Pero esto es como lo que dibujaban en las tumbas los antiguos egipcios, ¿no? El juicio de las almas de los muertos, con la balanza que pesaba el corazón del difunto —los buenos actos y todo eso— contra la pluma de la verdad, ¿no? Y si el balance era negativo, el alma era entregada a un monstruo que la devoraba y el difunto no podía ya pasar al otro mundo, el de los justos, ¿no es eso?

—Aquí no hay monstruos devoradores de almas. Aquí conservamos y mostramos. Enseñamos también a quien quiere aprender.

—Entonces, Talia tenía razón. A ella le estaban enseñando.

—Ella quiere aprender. ¿Tú quieres?

Pablo quedó en silencio, mirando los reflejos de las joyas, pensando en su vida normal y en la que le esperaba en aquel lugar de prodigios, si aceptaba la propuesta del guía.

—Estamos muertos, ¿verdad? —preguntó por fin, deseando oír una respuesta afirmativa y acabar de una vez.

—No. A este nivel, solo los vivos pueden aprender. Después hay otras cosas, pero no están aquí.

Pablo miró al guía, perplejo. Si no estaban muertos aún, había esperanza. Pero podía estar mintiéndole. ¿Cómo iba a saber que no era una simple mentira, que no estaban en el infierno y aquella figura luminosa no era un diablo que trataba de engañarlo? El diablo es el padre de la mentira. Sería tan fácil para él...

—Déjame tiempo para pensarlo.

—El tiempo no existe —contestó el guía—. Piensa hasta que tomes una decisión.

Aquí: Quince

Miguel y Jaime salieron juntos del hospital. Aunque no eran aún las seis, ya se había hecho de noche y el viento traía el olor frío de la nieve que caía sobre las montañas cercanas. Ana había visitado a Talia por la mañana y después había dejado a los hombres solos para llegar a tiempo a la estación a recoger a Diego, que volvía de su primer trimestre en Barcelona, y luego habían quedado en celebrar juntos la Nochebuena en el piso de Ana y Miguel. Era la primera Nochebuena que pasarían sin Talia y habían pensado que sería algo más alegre si estaban todos juntos. Hasta los padres de Pedro lo comprendían y habían permitido a su hijo que la celebrara con ellos, a pesar de que hubieran preferido tenerlo en casa. Marga también había dicho que pasaría un rato después de cenar.

A media tarde, las mejores amigas de Talia habían ido a verla al hospital y le habían dejado la habitación llena de regalos y flores. A Pablo no había ido nadie a visitarlo, pero las postales que habían mandado sus padres adornaban ahora su mesita de noche. Fernando había prometido hacer un viaje relámpago a principios de enero y Elena llamaba todas las semanas y le pedía a Jaime que le acercara el teléfono al oído de Pablo, para que pudiera oír su voz.

—No tengo ninguna gana de celebrar la Navidad —dijo Miguel deteniendo el coche en un semáforo rojo—. Por mí, podíamos pasar directamente a después de Reyes. Si las Navidades pasadas le hubiera comprado el celular a Talia, todo habría sido distinto. O no, ¿quién sabe? —añadió—. Ya no sé lo que me digo.

—A lo mejor hay un milagro, hombre. ¿O ya no crees en los milagros? —Jaime, que estaba tan deprimido como Miguel, se esforzaba como siempre, tratando de animar a los demás.

—Llevo ocho meses tratando de creer. Como tú.

Siguieron en silencio durante un rato, iluminados al pasar por las bombillas de colores de las decoraciones navideñas que el ayuntamiento había hecho instalar en las calles principales. Todo el mundo iba con prisas, cargado de compras de última hora.

—Acuérdate de que tengo que pasar por casa a recoger el vino del que te hablé. Me lo han mandado del pueblo y es de primera —dijo Jaime.

Miguel se desvió en el cruce siguiente. Se le había olvidado por completo lo del vino.

—Sabes que Clavijo, el médico ese rubiecito presumido y canchero que nos pusieron en septiembre me dijo ayer que... —a Miguel se le cortó la voz, carraspeó y siguió adelante, sin apartar la mirada del tráfico— que podríamos plantearnos... ¿Te imaginas...?

—¿Qué? —Jaime creía saber a qué se refería, pero quería oírlo con todas las palabras.

—Me dijo que prácticamente no hay esperanzas, que es absurdo que estemos todos hipotecando nuestras vidas —eso fue exactamente lo que dijo, «hipotecando

nuestras vidas», figúrate, como si esto fuera un negocio—, esperando un milagro que no llegará; que podríamos...

—¿Qué? Habla claro, Miguel, por Dios.

—Que podríamos «desconectarlos» y dejarlos morir en paz en lugar de mantenerlos como están hasta que ellos solos...

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Miguel. Tenía los nudillos blancos de apretar el volante.

—Ni pensarlo —dijo Jaime.

—Don Manuel, el doctor Guerrero, dice que podemos esperar, que cosas más raras se han visto. ¿Tú qué dices?

—Lo que acabo de decir, que ni pensarlo. Para ahí delante. Ya estamos. Anda, sube conmigo. Son dos cajas y pesan un quintal.

Cuando ya bajaban con las cajas, al abrir la puerta del ascensor en la planta baja se encontraron con don Manuel Guerrero que entraba en ese momento al edificio.

—¡Don Manuel! —dijo Jaime sorprendido—. ¿Qué hace usted por aquí? ¿Ha pasado algo?

La esperanza brillaba tanto en los ojos de Jaime y de Miguel que el médico sacudió de inmediato la cabeza para que no se hicieran falsas ilusiones.

—No, nada, nada. Por desgracia todo sigue igual. Solo vengo a recoger a mi tía para llevarla a la cena de Nochebuena a casa.

—¿Vive aquí su tía?

—Enfrente de su piso. Tiene que conocerla, aunque no sale mucho. Ya es muy mayor y tiene miedo de caerse y romperse algo, pero no nos gusta que se quede sola en Navidad.

Trataron de estrecharse la mano, pero viendo que con las cajas no había manera, el doctor Guerrero acabó dándoles una palmada en el hombro y dijo:

—¡Hasta mañana! ¡Feliz Navidad! —y entró en el ascensor.

—¡Espere! —gritó Jaime. Dejó la caja en el suelo, sacó dos botellas y se las tendió—. ¡Feliz Navidad y gracias por todo lo que está haciendo!

Allí: Once

Cuando Talia abrió los ojos de nuevo en su burbuja, estaba segura de haber decidido. Quería volver. A pesar de que en su nuevo mundo era feliz y podría aprender y sentirse segura, quería volver a su vida normal, a sus padres, a su

hermano, a todo lo que antes pensaba que era el único mundo que existía.

Había estado dándole vueltas a lo que le había dicho el guía sobre el tiempo. En el lugar donde ella estaba ahora, el tiempo no existía y podía pasar años y años recorriendo todas las salas prodigiosas que aún no conocía, podía aprender todo lo que quisieran enseñarle y el tiempo no pasaría para ella. Era algo así como en el cuento de la Bella durmiente del bosque; podrían pasar cien años y ella seguiría teniendo doce, igual que cuando entró. Pero en el mundo exterior, donde vivían sus padres y su hermano, el tiempo pasaba inexorablemente. Cada veinticuatro horas todos eran un día más viejos y, si ella se quedaba, cuando saliera se encontraría con que toda la gente que quería habría muerto ya o sería viejísima. Nadie se acordaría de ella y ella no tendría a nadie a quien querer. Así que estaba claro, que tenía que regresar y hacer todo lo posible para que lo que había aprendido allí fuera suficiente y le sirviera para traducir lo que realmente quería que dijeran sus palabras.

Antes de formular su decisión, la burbuja se desvaneció a su alrededor y volvió a encontrarse en una pequeña sala oscura donde brillaba la luz familiar del guía.

—¿Has decidido, Talia?

Ella asintió con la cabeza, muy despacio, sintiendo ya pena por todas las maravillas que iba a perder.

—¿Sabes que nunca podrás regresar aquí?

—Sí, lo sé —dijo muy bajito.

—¿Tienes alguna otra pregunta?

—¿Qué va a pasar con Pablo? ¿Va a volver conmigo?

—Él aún no ha decidido.

—¿Puedo verlo?

Junto a ellos apareció otra burbuja, transparente, llena de luz rosada, donde flotaba Pablo junto a una especie de humo de colores cambiantes.

—Quiero hablar con él. ¿Puedo?

Pablo abrió los ojos y la miró como si acabara de despertar de un hermoso sueño y aún no hubiera recuperado el contacto con la realidad.

—Pablo —dijo Talia—. Voy a volver. ¿Qué quieres hacer tú? ¿Vienes conmigo?

Hubo un largo silencio. Al final, Pablo sonrió.

—Creo que yo aún tengo que quedarme un tiempo, peque. He decidido aprender.

—Si te quedas mucho, cuando vuelvas todo habrá cambiado.

—Eso podría ser bueno. Las cosas no estaban demasiado bien cuando me fui.

—Pero Jaime te espera. Y tus padres.

Pablo cerró los ojos y tragó saliva.

—¿Tú crees?

—Yo creo que sí, pero si no, puedes ir tú a buscarlos y... ya sabes. Ahora sabes qué puedes hacer. Tienes palabras nuevas. Palabras que son como una flor.

—Aún estoy aprendiendo.

—Pero ¿volverás?

—Volveré. Más tarde.

—No tardes mucho, Pablo. Te esperamos.

—¿Estás lista? —preguntó el guía.

Talia tragó saliva varias veces antes de contestar:

—Sí.

El guía se acercó a ella y en la punta de su dedo de luz apareció una gota brillante, redonda y ambarina, como si estuviera hecha de miel líquida, o de ámbar blando, o de gelatina de sol; una gota que flotaba sobre su dedo, sin tocarlo, como si fuera un planeta diminuto.

—Tómalo en tu boca —dijo el guía.

—¡Espera, Talia! —gritó Pablo—. ¿Y si no es verdad? ¿Y si no vuelves a tu casa? ¿No te da miedo?

Talia se volvió hacia él. Estaba temblando, pero sus ojos brillaban.

—Claro que me da miedo. Pero quiero volver. Y confío en el guía, en todos.

Pablo asintió con la cabeza, como avergonzado.

—Has crecido, peque. ¡Buena suerte! Nos veremos allí.

Talia se acercó al guía, abrió la boca y extendió la lengua para recoger la bolita de luz.

—Gracias —le dio tiempo a decir, antes de que todo desapareciera.

CAPÍTULO VI

Aquí: Dieciséis

El doctor Guerrero estaba examinando los ojos de Talia, cuando le pareció notar una reacción en la niña. Le hizo una seña a Tere, a Ana y a Miguel para que se apartaran y la destapó con cuidado, tratando de concentrarse en lo que estaba haciendo en lugar de pensar en lo delgada que estaba, en todas las marcas que las agujas habían ido dejando en su cuerpo.

—¿Qué pasa? —preguntó Ana a Tere en un susurro.

Tere movió la cabeza sin apartar la vista de la niña.

—Una reacción.

Ana se agarró a su marido, clavándole las uñas en la chaqueta. Era el tres de febrero y desde mayo no había habido la menor señal de mejoría.

—Abre las persianas, Tere —dijo el doctor Guerrero, que había vuelto a concentrarse en los ojos de Talia.

Desde la cama de Pablo, Jaime se aproximó discretamente, con todos los músculos en tensión.

—Talia —dijo el doctor Guerrero como si tratara de despertarla para ir al colegio —, Talia, ¿me oyes? Están aquí tus padres. ¿Puedes oírme?

Le hizo una seña a Ana para que ella le hablara, pero se le había quedado la garganta tan seca que fue Miguel el que habló:

—Talia, soy papá. ¿Me oyes? Mamá está aquí.

—Sí, cariño, estoy aquí —dijo Ana con una voz que le sonaba extraña, como si no fuera la suya.

Talia entreabrió los ojos y, con esfuerzo, los fue girando hasta posarlos en su madre, que se abalanzó sobre la cama para tomarle la mano.

—Talia, cariño, mi pequeña, estoy aquí, estamos todos aquí. Talia, mi amor...

Una sonrisa pálida apareció en el rostro de Talia. Jaime había pasado el brazo por los hombros de Tere y ambos miraban la escena, fascinados.

Poco a poco, Talia paseó la vista por su madre, su padre, Jaime y Tere, hasta fijarla en el médico:

—He estado allí —le dijo en un susurro ronco.

El hombre le hizo un guiño con los ojos y se cruzó la boca con el dedo.

—No hables, Talia. Tienes que descansar. Has hecho un largo viaje.

—Lo encontré. Estaba allí, donde usted me dijo.

—¡Chisst! Descansa. Luego hablarás. Hagan el favor de salir un momento. No es conveniente sobreexcitarla.

Ana miró al médico con los ojos muy abiertos:

—Por favor...

—Bueno. Usted puede quedarse. Los demás, por favor, a la sala de espera.

—¿Jaime? —preguntó Talia con voz débil, antes de que salieran todos de la habitación.

—Sí, soy yo. ¿Cómo lo sabes?

—Pablo volverá. Me lo ha prometido.

Jaime salió del cuarto, casi empujado por el médico y, abrazado a Miguel, se echó a llorar en el pasillo.

Allí: Doce

Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Pablo se sentía feliz. Flotaba indolentemente en su burbuja y, aunque al principio había sentido malestar recordando escenas de su vida que habría preferido olvidar, lentamente había aceptado que para poder dejar atrás el pasado era necesario revivirlo, comprenderlo y aceptar lo sucedido, por desagradable que fuera. Se había visto a sí mismo en muchos momentos de su pasado usando sus palabras como cuchillos, tratando de hacer daño a propósito a personas que lo apreciaban, que querían ayudarlo, que habrían querido compartir algo con él. Pero él no había estado dispuesto a aceptar su ayuda porque, desde que sus padres habían desaparecido de su vida, él se había sentido tan mal que había decidido hacer daño a todo el que se le acercara. Él era la víctima y, por tanto, tenía derecho a hacer sufrir a las personas a su alrededor; todos tenían que pagar por lo que le había sucedido, aunque no tuvieran culpa.

Pero ahora todo eso había quedado atrás y hasta la vergüenza que había sentido acababa de desaparecer. Se sentía nuevo, limpio, como un recién nacido y, por eso, igual que un recién nacido estaba dispuesto a aprender, a empezar desde el principio para ser capaz de volver al mundo con el propósito de hacerlo mejor esta vez, ahora que había recibido una segunda oportunidad. Y cuando volviera, ayudaría a otras personas que se encontraran en una situación desesperada, como le había pasado a él, y los conduciría al almacén de las palabras terribles, donde los guías les mostrarían lo que podían hacer.

Sabía que volvería pronto; se lo había prometido a Talia y se lo debía a Jaime, e incluso tal vez a sus padres que no habían sabido enseñarle a hablar con palabras precisas porque tampoco ellos habían aprendido nunca.

Vio a su madre entre los colores de la burbuja y, de repente, supo que siempre lo había querido, como él a ella. Era una sensación sin palabras, hecha tan solo de un roce suave, como una seda, de un perfume de colonia infantil y de una luz dorada. La felicidad estaba hecha de recuerdos y percepciones, a veces tan antiguas que casi las había olvidado: unos brazos fuertes que lo lanzaban al aire y lo recogían mientras sonaban unas risas cristalinas, la sonrisa de Jaime sentado frente a él en el comedor del internado, el sabor de una sandía en una noche cálida de verano, música de guitarra en una playa.

Con los ojos cerrados y el rostro abierto en una sonrisa, se dejó flotar en la felicidad recién recuperada y decidió prolongar la maravillosa sensación todavía un poco más, antes de volver a su mundo a compartir lo que sabía.

Aquí: Diecisiete

Tres semanas después de haberse despertado, el doctor Guerrero aceptó por fin darle el alta a Talia y, una luminosa mañana de marzo, Ana, Miguel y Diego, que había vuelto de Barcelona a propósito para el gran acontecimiento, fueron a recogerla al hospital. Todos los médicos y las enfermeras de la planta salieron a despedirla al vestíbulo y ella prometió volver todas las tardes a visitar a Pablo, que seguía en coma, y a hacerle compañía a Jaime, que seguía acudiendo diariamente a ver a su amigo.

—Este mundo también es precioso —dijo Talia sonriendo de oreja a oreja al ver una gran mimosa que acababa de florecer en el jardín del hospital.

Ana, Diego y Miguel cambiaron una mirada de preocupación. Según el doctor Guerrero, la niña estaba perfectamente, pero les inquietaba el que hiciera comparaciones constantes entre este mundo y el otro, el que había conocido en el tiempo que había pasado sin contacto con la realidad del hospital, sobre el que, poco a poco, les había contado lo que recordaba, que cada vez era menos porque todo lo sucedido en aquel misterioso lugar se iba desdibujando, igual que pasa con los sueños.

Don Manuel les había asegurado que, aunque para Talia había sido algo muy cercano a la realidad, tan solo se trataba de un sueño prolongado que la había ayudado a no perder el contacto con el mundo y consigo misma. Les había pedido que fueran comprensivos con ella, que no le llevaran la contraria y que la dejaran ir evolucionando con calma hasta que ella misma se diera cuenta de que se había tratado de un simple sueño.

—Entonces, ¿estás contenta de haber vuelto? —le preguntó su padre, pasándole un brazo por los hombros mientras caminaban hacia el coche.

Ella asintió con la cabeza, muy seria:

—Podía haberme quedado allí, aprendiendo. Pero allí el tiempo no pasa y aquí sí. Si me hubiera quedado, podría haber salido demasiado tarde, cuando ustedes ya no estuvieran. Y yo quería estar con ustedes.

—¿Y qué aprendías? —preguntó su hermano, ya que a pesar de que habían hablado muchas veces del asunto, habían decidido aceptar el consejo del médico y seguirle la corriente para saber todo lo posible de su misterioso sueño durante los meses en que estuvo en coma.

—Aprendía a que mis palabras dijeran lo que quiero decir.

Su hermano se echó a reír.

—Eso ya lo sabías a los cuatro años. Siempre tuviste muy claro lo que querías, cabezota.

Ella movió la cabeza en una negativa. Les había explicado ya muchas cosas, a pesar de que notaba que no querían creer lo que le había sucedido, pero no les había hablado de lo más importante.

Sabía que tenía que hablar con su madre, con todos ellos, pero hasta ahora lo

había ido dejando porque todo había sido tan bonito, estaban todos tan contentos de estar juntos de nuevo, que todos habían evitado hablar de las cosas que habían sucedido casi un año antes, cuando la horrible pelea que los había separado. Llevaba casi tres semanas esperando el momento adecuado, que nunca llegaba porque tenía miedo de que las discusiones volvieran a empezar, y aunque había decidido sacar el tema cuando llegaran a casa, se encontró de repente hablando del asunto sin esperar ni siquiera a estar en el coche.

—Mamá —dijo agarrándola de la mano. Ana se la apretó y la miró a los ojos—, ¿te acuerdas de que el día antes de mi accidente te dije que no te quería y que era mejor que te fueras de casa?

Ana sintió un escalofrío y le apretó más la mano:

—No tiene importancia, cariño. Ya ha pasado todo. Ya ni me acuerdo.

—Sí que tiene importancia, mamá. Tú lo que quieres decir es que no quieres que sufra por ello porque tú estás tratando de olvidarlo, pero aún te acuerdas, ¿verdad?

Ana se la quedó mirando, perpleja. De repente, Talia parecía haber madurado diez años, hablaba como una adulta. Resultaba inquietante, como si le hubieran cambiado a su hija por otra persona, como si realmente hubiera pasado todos aquellos meses en algún lugar donde la habían hecho madurar.

—Eso es lo que me han enseñado, ¿saben? Lo que pasa es que no me dio tiempo a aprenderlo todo.

Iban caminando aún por el jardín del hospital hacia el estacionamiento, pero lo hacían cada vez más despacio y se paraban cada pocos pasos para mirarse al hablar.

—Mamá, quiero que me perdones lo que dije porque no era verdad, solo quería hacerte daño porque tú también me estabas haciendo daño, pero lo que yo quería era que te dieras cuenta de que te quiero y te necesito. ¿Me perdonas?

Ana la abrazó fuerte.

—Claro, mi vida. ¿Y tú a mí?

—Claro.

Echaron a andar de nuevo, tomadas de la mano, sonriendo. Había sido mucho más fácil de lo que ella había imaginado. Los dos hombres iban detrás, sonriendo también, y empezaron a hablar de los estudios de Diego, que iban bien y que seguramente mejorarían ahora que ya no estaba constantemente angustiado por su hermana. De pronto, Talia, volviéndose a medias, preguntó:

—¿Se han perdonado ustedes también, papá? ¿Van a seguir juntos?

Miguel miró a Ana y aunque estuvo a punto de contestar lo que Talia estaba deseando oír, decidió decir la verdad.

—Nos hemos perdonado, Talia, pero aún no sabemos si vamos a volver a vivir juntos o no. Hemos pasado muchos meses hablando y hemos aclarado muchas cosas entre nosotros, pero estábamos esperando a que te despertaras para ver cómo íbamos a enfocar la vida a partir de ahora. De momento, vamos todos a casa, pero aún no es seguro lo que va a pasar. Lo único que sí está claro es que los dos —sonrió al ver la

expresión ofendida de Diego—, perdón, los tres te queremos muchísimo y no vamos a permitir que sufras. A lo mejor podemos aprender todos un poco de lo que te han enseñado a ti.

Ana estaba tensa, esperando la reacción de Talia, pero ella sonrió, se abrazó a Diego y dejó a sus padres ir adelante.

—Hablar es importante —dijo—, así que sigan hablando, pero diciendo de verdad lo que quieren decir, ¿sí? Diego y yo también tenemos mucho de qué hablar. Bueno, cuéntame, ¿has conocido a muchas chicas en la universidad? ¿Tienes novia ya?

Diego soltó la carcajada.

—He estado tan preocupado por ti que no me ha dado tiempo. Pero a partir de ahora empezaré a poner de mi parte, ya verás.

Aquí: Dieciocho

El quince de junio, cuando la mayor parte de las escuelas estaban haciendo los exámenes finales de un curso que Talia se había perdido, Pablo abrió los ojos de nuevo.

Esta vez no había ningún médico que registrara la reacción. Solo estaban Jaime y Talia junto a su cama y, como siempre, ella trataba de contestar a sus preguntas sobre lo que recordaba de su sueño, el sueño en el que ella y Pablo habían encontrado el almacén de las palabras terribles. Lo que el doctor Guerrero insistía en que había sido un sueño, a pesar de que para ella había sido tan real como el mundo en que vivían.

Talia estaba segura de que don Manuel sabía que todo era verdad, pero de algún modo le había insinuado, siempre con medias palabras y sin que estuvieran sus padres delante, que era mejor no hablar demasiado del asunto, que lo importante era haber aprendido y ponerlo en práctica, pero que no había que pregonarlo demasiado y por eso ella contestaba como si no le daba demasiada importancia, como si de verdad todo hubiera sido un largo y misterioso sueño que poco a poco se iba desvaneciendo.

Pablo se despertó sin que se dieran cuenta y durante unos minutos se limitó a escuchar lo que decían, como si fuera una música suave que no fuera necesario comprender. Poco a poco fue pasando la vista por la habitación: un ramo de narcisos frescos, unas postales sobre la mesita, unos cuantos libros de los que leía Jaime. Una niña y un muchacho sentados junto al lado de su cama. Jaime y Talia. ¿Jaime? ¿Talia?

Trató de sentarse, pero los músculos no le respondieron y todo lo que consiguió fue producir una especie de gruñido que hizo que los dos se volvieran a mirarlo.

—Hola, Pablo —dijo Talia sonriente, como si fuera lo más normal del mundo—. Ya creía que te habías olvidado de que me prometiste volver.

—¡Hey, amigo! —dijo Jaime con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa gigantes que iluminaba toda su cara—. Ya iba siendo hora. Me he leído la biblioteca completa esperando que abrieras el ojo.

Pablo apretó débilmente la mano de Jaime y le sonrió. Luego desvió la vista hacia Talia.

—Has crecido, peque —dijo en voz enronquecida por la falta de uso.

—Tú también, Pablo —dijo Talia—. Ahora sí.

Epílogo

Aquí y Allí

Eran cerca de las dos de la madrugada de una noche de principios de agosto. La mayor parte de los habitantes de la ciudad estaba de vacaciones y muchos habían huido hacia las playas. De vez en cuando pasaba alguna moto haciendo ruido o un coche con las ventanillas bajadas inundando la calle de música disco. Casi todos los bares de copas habían cerrado ya, pero en un barrio de las afueras aún brillaba el anuncio de neón de unos billares.

El bar estaba casi vacío. Dos hombres de ojos vidriosos miraban sin ver la televisión, apretando sus vasos de whisky como si fueran salvavidas en pleno océano. El barman pasaba el trapo por el mostrador, echando ojeadas al reloj mientras dudaba entre echarlos a la calle directamente o esperar a que fueran las dos en punto.

Otro hombre, con la frente apoyada en la mano, lloraba solitario en la barra, junto a una botella mediada de ginebra, sin que nadie le hiciera caso. El hielo de su bebida se había deshecho y el agua que escurría de las paredes del vaso había ido formando un charco que ya llegaba a la botella y al codo de su chaqueta.

—Mi boca... —sollozaba para sí mismo—, mi maldita boca. ¿Por qué he tenido que decirle eso? Yo no quería... no quería...

Un hombre se instaló en un taburete a su lado, ignorando la mirada del barman que decía bien a las claras que no pensaba servirle ya a esas horas. Era ya mayor, casi viejo. Tenía unos cálidos ojos color avellana y el pelo muy blanco y fino, como de bebé. Unos anteojos de Carey asomaban del bolsillo de su americana.

El borracho siguió sollozando, perdido en su propia desesperación.

—Si uno pudiera retirar lo que ha dicho... si uno pudiera volver a empezar.

—Hay un lugar —dijo el viejo.

El hombre levantó la cabeza.

—Yo lo llamo el almacén de las palabras terribles, pero no tiene nombre.

El borracho lo miró con los ojos enrojecidos y dejó de llorar.

—¿Usted lo conoce? ¿Ha estado allí? —preguntó en voz ronca de alcohol y de llanto.

—Una vez. Hace mucho tiempo.

—Dígame dónde está.